

EL ALMA DESTERRADA

I

EL CAPITÁN BARRIENTOS

En las primeras horas de la noche del día 24 de marzo de 1557 el vigía de la torre del Norte del castillo señorial de los condes de Oropesa, situado en Jarandilla de la Vera, distinguía perfectamente, al resplandor de la luna, un grupo, como de unos cien hombres a caballo, que trepaban con bastante pesadez por los vericuetos y escarpaduras del camino de Aldeanueva.

La claridad del astro de la noche, que aparecía colgado como una lámpara de plata en la techumbre azul de los cielos, y el fulgor de las estrellas, que los tachonaban de diamantes, reflejábanse con caprichoso primor en sus bruñidas armaduras, y el viento sutil y penetrante de Sierra-Jaranda hacía ondular fantásticamente las banderolas, que adornaban con gallardía los hierros de sus lanzas.

Delante de aquella tropa de jinetes, que cabalgaban en silencio como una legión muda de gigantes cubiertos de hierros, haciendo crujir sus arneses y los de los bridones con el movimiento de la marcha, se destacaba un hombre de formas hercúleas y marcial continente, caballero en un negro y poderoso corcel de raza andaluza, que saltaba por encima de los riscos de la montaña con la agilidad de la pantera, mostrándose, al parecer, orgulloso de obedecer a la diestra mano que le hacía tascar el freno.

Vestía el caballero un traje distinto del de los hombres de armas que le seguían a la respetuosa distancia de cincuenta pasos, detalle que, hasta cierto punto, pregonaba su mayor valía o calidad; y mientras sus acompañantes aparecían cubiertos de hierro, desde los pies hasta la cabeza, ostentaba él un lujoso colete de ante, sobre el cual lucía una magnífica banda de seda, llevando calzados los pies con altas botas de montar, de tafíete, armadas de largas espuelas.

Descubríase pendiente de su costado, por un talabarte de cuero tachonado de oro, un largo montante de batalla de hoja toledana; sus gruesas manos, armadas de guanteletes de hierro, empuñaban las riendas con maestría consumada, y su cabeza aparecía cubierta por un ancho sombrero chambergo a la flamenca, pendiente del cual se balanceaba una pluma negra, que le azotaba las espaldas.

Aquel caballero era Pedro Barrientos, capitán de los Tercios de Su Majestad

el Rey Felipe II, hombre que merecía la confianza de Santoyo, y valiente veterano, que se había distinguido en las guerras de Francia y en las de Flandes.

Era Pedro Barrientos hombre de cincuenta años a la sazón; pero curtido y sazonado, como el decía jovialmente, en los campamentos, criado a la intemperie y endurecido por las fatigas de la guerra, sólo representaba unos cuarenta; y sus huesos de hierro tenían tal temple que hubiera podido matar a un buey de un puñetazo. Leal como un perro, fiel como un castellano a la antigua y forzado como un hércules, sólo tenía un defecto: el de carecer de los dones del rey Salomón. Eso, sí, en punto de inteligencia, el buen Pedro Barrientos, capitán de los Tercios de Su Majestad, no aventajó nunca, según expresión propia, a los reclutas más bisoños; pero hacíase respetar por su honradez, a toda prueba; por su aspecto terrible y su talla de gigante; por su fealdad imponente, realzada por un pelo de erizo, y por una piel vellosa, como la de un jabalí, y, sobre todo, porque bebía como un soldado y juraba como un condenado.

Elegido por Santoyo para conducir un pliego de importancia de Felipe II a su padre, que residía en Yuste hacía ya algunos meses, se puso en camino desde Madrid, escoltado por cien lanzas, y en diez días hizo el trayecto que separa a la capital de España del solitario monasterio. Hasta que Pedro Barrientos llegó a las márgenes del Tiétar no se le hizo pesado el camino, en razón a que las llanuras de Castilla y Extremadura no le ofrecieron ningún mal paso; pero después de atravesar el caudaloso río, que absorbe todos los afluentes de la vera de Plasencia, el Capitán de los Tercios del Rey, perdido en atajos, trochas y barrancos frogosos, empezó a darse a todos los diablos con la mejor buena fe, renegando de aquella tierra y de los bestias que la habitaban, jurando y echando temas, ni más ni menos que cuando se hallaba enfrente del enemigo.

Llegó, por fin, a Jarandilla, después de grandes trabajos, y habiéndose presentado a don Fernando Álvarez de Toledo, conde de Oropesa, dispuso éste que uno de sus escuderos le sirviera de guía hasta el convento de Yuste, distante no más de dos leguas cortas de la morada señorial de aquel bizarro y famoso magnate de Castilla.

Salió Pedro Barrientos de Jarandilla al caer de la tarde en que empieza nuestro relato, y delante de él marchaba, a pie, el escudero del conde de Oropesa, el cual era un buen muchacho del país que había servido en Flandes en las banderas de su señor, saliendo herido de una bala de arcabuz en una pierna, lo cual le hacía cojear un poco.

A medida que Barrientos y su escolta se internaban en la sierra, el paisaje se revelaba ante su vista con su imponente majestad primitiva, y aquellas empinadas montañas, cuyas verdes cimas se pierden en las nubes; aquellos

riscos gigantescos, que, observados desde lejos, semejan vastas galerías de columnatas y obeliscos flanqueados por una exuberante vegetación oriental, no producía la más mínima impresión en el pecho de acero del capitán, el cual menudeaba los ternos y por vidas cada vez que tropezaba su caballo o tenía que saltar alguna quebradura producida por las convulsiones volcánicas del terreno.

Pasaron el pueblo de Cuacos ya entrada la noche y Barrientos, que iba molido del camino, se dirigió al pobre guía, y le dijo, con ronca voz:

-Oye, tú, cojitranco de los demonios, ¿no llegaremos nunca a ese endiablado monasterio?

-Falta un cuarto de legua, señor -contestó el guía.

-¡Voto al infierno! -murmuró Pedro Barrientos amostazado-. Me parece a mí que las leguas de este país son más retorcidas que tus piernas de bellaco.

No bien acabó el capitán de proferir esta feroz agudeza, cuando oyó detrás de sí el rápido galope de un caballo que se acercaba. Volvió la vista, y, a cosa de veinte pasos, distinguió un jinete, que se dirigía hacia él, montado en una yegüecilla de color perla, que saltaba por los riscos, hostigada por el acicate de su dueño, con la velocidad de una gacela.

El camino estaba encajonado en un barranco, de tal forma, que el jinete no podía cruzar sin que Barrientos le franquease el paso, so pena de estrellarse contra las rocas. Así que el desconocido se acercó al capitán, pudo éste contemplarle a su sabor al resplandor de la luna. Era un adolescente, casi un niño. Tendría quince años de edad, y el bozo casi no le apuntaba en las mejillas, blancas y sonrosadas como la tez del albérchigo. Un birrete de terciopelo negro, adornado con una pluma de cisne, aprisionada en garrota de esmeralda, ceñía sus cabellos, rubios y sedosos, que flotaban sobre su cuello de nieve en rizos tan suaves como la lana cardada. Llevaba un rico jubón de damasco verde con bordados de plata, y unos gregüescos de terciopelo descubrían sus piernas, calzadas con un botín morisco de exquisito gusto. De su cintura pendía un pequeño estoque de empuñadura cincelada, que parecía el juguete de un niño, y en el lado opuesto llevaba una escarcela de seda, bordada con mucho primor.

Así que el adolescente se acercó a Barrientos, le dijo, con cierto imperio:

-Dejadme el paso franco, hidalgo.

-¡Hola! ¡Hola! -replicó el capitán, de mal talante-. ¿Viene con fueros el chiquillo? ¿No le han enseñado a pedir una merced con más cortesía?

-Yo no pido mercedes a nadie -gritó el mancebo-. Cuando hallo obstáculos, los allano. Dejadme pasar, o salto por encima de vos y de vuestro caballo.

-¿Sí? ---exclamó Barrientos, haciendo un gesto feroz-. Pues vamos a verlo, angelito mío.

El adolescente clavó, sin contestar, las espuelas a su yegua, se afianzó en los

estribos, aseguró las riendas y gritó con voz aguda:

-¡Adelante, Zaida, adelante!

El animal se encabritó, apoyándose sobre el cuarto trasero, y saltando con la ligereza de una cabra por uno de los costados de Barrientos, puso al jinete en cuatro brincos fuera de su alcance.

El capitán lanzó un rugido de cólera.

Corrido, avergonzado por la intrepidez del adolescente, se sintió herido en su amor propio, e inclinándose hasta la altura de la cabeza del guía, le asió fuertemente por el pescuezo, y gritó, con voz de trueno:

-¿Quién es ese mocoso?

-Lo ignoro, señor.

Barrientos separó al guía a un lado, por medio de una violenta sacudida, y clavando las espuelas a su caballo, añadió:

¡Oh! Ya me las pagará...

Y, diciendo esto, se lanzó tras el desconocido, emprendiendo ambos una carrera frenética.

LEÓN Y CORDERO

Para explicar la tenacidad del capitán de los Tercios del Rey en perseguir a un joven que, en suma, no le había inferido el menor agravio, basta tener en cuenta la índole de aquellos tiempos y los exagerados fueros de la milicia. El carácter especial de aquella época era esencialmente puntilloso. Entre hombres de cierta posición, una palabra malsonante, un gesto de desdén, la más insignificante señal de menosprecio, eran motivos suficientes para andar a cintarazos. Respecto a los exagerados privilegios de la milicia, ya nos dejó el insigne Calderón una muestra de su alcance en *El Alcalde de Zalamea*.

Felipe II, Rey sabio y prudente, había empezado ya a poner freno a los excesos y demasías de la soldadesca; pero el mal era antiguo y el remedio sólo podía obrar lentamente. La más insignificante ofensa a un oficial de los Tercios del Rey ocasionaba en aquellos tiempos un melodrama sangriento, y pueblos enteros fueron entregados al pillaje sólo por el mezquino resentimiento de un soldado engreído por la fortuna.

Pedro Barrientos seguía al joven desconocido a corta distancia, auxiliado por el soberbio poder de su bridón, pero no conseguía darle alcance.

Esto hacía jurar y rechinar los dientes de cuando en cuando al capitán de los Tercios del Rey. Y así llegaron hasta la Cruz del Humilladero, situada a muy corta distancia del monasterio de Yuste.

El adolescente paró su yegua en este sitio, y revolviéndola contra su perseguidor, le dijo, con cierta cólera propiamente infantil.

-Sois un indiscreto. ¿Por qué me seguís?

-¡Oh! -replicó Barrientos, con tono zumbón-. ¿Con que soy un indiscreto?

-Creo que sí; aunque también me parecéis otra cosa.

-¿De veras? ¿Y qué te parezco, además, chiquillo?

-Un fanfarrón.

Pedro Barrientos levantó el brazo, armado de guantelete, y el joven, con la rapidez del pensamiento, desnudó su estoque.

-¡Bravo! -gritó el capitán, lanzando una ruidosa carcajada. ¿Con que te he parecido un fanfarrón? Y dime, apreciable mancebo, ¿para qué has desnudado ese alfiler que tienes en las manos?

El joven se afirmó sobre los estribos; irguiéndose sobre la silla, y contestó a Barrientos:

-Para castigar vuestra osadía. Pero -añadió con cierto desdén -veo que no

venís solo; veo que os guardan las espaldas, y esto me indica que no estáis acostumbrado a luchar cuerpo a cuerpo, como bueno.

En aquel instante se oía, a cincuenta pasos, el galope de los caballos de la escolta del capitán. Pedro Barrientos se volvió hacia sus jinetes, y gritó, con voz de trueno:

-Alto; que no se mueva un solo hombre. Al primero que falte a la orden, le mando arcabucear.

Después, dirigiéndose al joven, añadió:

-Ya estamos solos.

-Empuñad el acero --exclamó el adolescente.

El capitán se echó a reír con la mayor sangre fría.

-No hay necesidad -dijo.

Y, clavando las espuelas a su corcel, se dirigió al mancebo, con su terrible brazo armado de manopla, levantado en actitud amenazante. El joven paró el golpe hurtando la cabeza con un rápido movimiento, y la mano del gigante cayó, pesada como una maza de hierro, sobre la perilla de su silla jerezana. Barrientos lanzó un sordo gemido.

Entonces el joven blandió su estoque, haciendo un rápido molinete a la altura de los ojos del capitán, y este sintió en el pecho una ligera picadura, semejante a la que produce un mosquito. El grueso colete de ante que llevaba Barrientos le había servido de coraza, impidiendo que la punta del acero le atravesara de parte a parte.

-¡Rayos! -gritó el capitán al sentirse ligeramente herido- Me ha clavado el alfiler este muñeco. Y ya se disponía a descargar por segunda vez su pesada mano sobre la cabeza del joven, cuando éste, que por lo visto, no tenía intención de llevar más adelante la refriega, volvió grupas, espoleó a su yegua y se alejó como un torbellino.

-Yo te alcanzaré -dijo Barrientos, ebrio de furor. Y, descolgando un pistolete del arzón de la silla, hizo fuego contra el fugitivo.

La bala pasó silbando sobre su cabeza, y el gentil mancebo lanzó una sonora carcajada de triunfo. Enseguida se le perdió de vista a Barrientos tras de un recodo del camino. El capitán hizo una señal a su gente para que le siguiera, y volvió a lanzarse contra su competidor a todo escape. Todo fue inútil. Nadie volvió a ver al joven. Parecía que se le habían tragado las tinieblas de la noche.

-¡Oh!-dijo Barrientos, gruñendo como un perro dogo-. Confieso, a mi pesar, que el chico es una criatura bizarra, pero que el diablo me lleve si no le busco, y me paga el bromazo.

En aquel momento se oyó el melancólico tañido de una campana, que doblaba a muerto. Barrientos y sus soldados se santiguaron devotamente.

Habían llegado a las puertas del monasterio de Yuste. El capitán se apeó,

auxiliado por dos escuderos, y, levantando el pesado llamador de hierro, le dejó caer tres veces con estrépito sobre la puerta. Dos minutos después se abrió ésta, dejando paso al enviado de Felipe II.

III

EL FUNERAL EN VIDA

Guiado Barrientos por un lego subió pausadamente la rampa que conduce al palacio, y ambos a dos llegaron al vestíbulo. Serían las nueve de la noche. Barrientos sentía un ligero escozor en el pecho, producido por su herida; pero como apenas le molestaba, consideró que ésta debía ser insignificante.

Al subir la rampa percibió, aunque débilmente, a lo lejos, el sonido del órgano; después volvió a oír el tañido de la campana, que tocaba el doble de difuntos, y, últimamente, llegó a sus oídos una triste y lastimera salmodia que parecía arrancar del fondo de la iglesia. A pesar de su intrepidez de soldado, Barrientos se sintió sobrecogido por un misterioso temor.

El lego, con la vista inclinada en su presencia, parecía entregado a alguna grave meditación, esperando que el capitán le dirigiera la palabra.

Barrientos consiguió dominar, al fin, su emoción, y entonces clavó una penetrante mirada en su acompañante.

Era el lego un hombrecillo de corta estatura, de semblante pálido y de cuerpo un tanto demacrado. En sus ojillos grises resplandecía la bondad y la mansedumbre, la piedad y la modestia. La costumbre de obedecer parecía haber impuesto a su cabeza la penosa obligación de estar siempre encorvada, y sus ojos, constantemente fijos en la tierra, se inclinaban a ella con dulzura, como se inclina el niño sobre el regazo de su madre.

-¡Oh! -dijo Barrientos, rompiendo al fin el silencio y examinando rápidamente el vestíbulo-. Me parece, hermano, que es sobrado mezquina la cueva que se ha fabricado el león.

-Todo es mezquino en el mundo -replicó el lego gravemente-. Los muros de mármol y los de arena movediza se derrumban de igual manera.

-¿Es este el palacio que habita Su Majestad? -preguntó Barrientos.

-Este es, hermano, y aquí tenéis la silla -añadió el lego, señalando un tosco sillón de vaqueta --en donde Su Majestad reposa cuando viene a este sitio, juzgándose más dichoso en ella que sobre el trono de San Fernando.

-Por Santiago -exclamó Barrientos-, y perdonad, hermano, que, como soldado, jure alguna vez. Por Santiago repito, que me parece mentira todo lo que veo. ¿Es posible que aquella poderosa Majestad que todos hemos conocido se haya conformado a encerrar su grandeza en este palomar?

-Dios, que hirió a Saulo con la luz de la gracia -replicó el lego-, ha llamado a las puertas del corazón de Su Majestad, y le ha inspirado tan grande resolución.

Los hombres no debemos pedir a Dios la llave de sus secretos.

-Está bien, hermano -dijo Barrientos-. Pero yo traigo una misión del Rey para el Emperador. ¿Podéis conducirme a su presencia?

-En este momento, no; pero le veréis dentro de una hora. Barrientos no pudo contener un gesto de disgusto.

En aquel momento volvieron a escucharse los clamores fúnebres de las campanas, los acordes del órgano y la triste salmodia de la iglesia.

-¿Qué significan esos cantos? -preguntó el capitán.

-Significa -dijo el lego --que el Emperador celebra en vida sus funerales.

Barrientos abrió un palmo de boca. El lego se sonrió, comprendiendo su asombro, y le dijo:

-Por eso no podéis hablar al Emperador en este instante. Sin embargo, si queréis verle y presenciar la ceremonia, puedo introducirlos en el coro.

El lego le guió por una estrecha escalera, y dos minutos después abrió una puertecilla que comunicaba el Palacio con el coro de la iglesia y con el convento. El espectáculo que se ofreció a la atónita vista del capitán de los Tercios del Rey era imponente.

La iglesia, iluminada por centenares de cirios, destacaba sus robustos muros guarnecidos de paños negros. Todo estaba cubierto de luto riguroso, y de los cornisamentos del gótico crucero pendían flámulas y crespones oscuros con inscripciones tomadas de los cantos bíblicos. Los altares resplandecían como ascuas de oro al vivo y ardiente reflejo de una multitud de luminarias, y en el del presbiterio se descubría el cuadro de Tiziano intitulado *El Juicio final*, joya de arte con que el Emperador enriqueció la santa casa. En el centro de la iglesia levantábase un túmulo de paño negro, recamado de oro y coronado por una cruz de plata. Sobre el catafalco se descubría un féretro de plomo, cerrado, el mismo que sirvió para guardar los restos del Emperador Maximiliano, y que hacía algunos años formaba parte del equipaje de Carlos V, el cual le hacía colocar siempre debajo de su lecho.

Pedro Barrientos vio desde la balaustrada del coro al Emperador, arrodillado ante el túmulo sobre un almohadón, teniendo apoyada la frente en un modesto reclinatorio. Detrás aparecían, también arrodillados, algunos caballeros españoles y flamencos, distinguiéndose entre los primeros don Luis Quijada, su mayordomo; don Luis de Ávila, comendador de Alcántara, y fray Juan de Regla, confesor del Emperador. Los monjes, colocados en dos hileras, se extendían desde el coro hasta el altar mayor, estando presididos por el prior de la casa, fray Martín Angula. La ceremonia tocaba a su fin. El origen de la que tenía lugar en aquellos momentos en la iglesia del monasterio fue el siguiente:

Hacía algunos días que el Emperador se mostraba taciturno. Preguntado por su barbero que pensamientos le distraían, respondió:

-Tengo ahorrados dos mil escudos y tanteeo cómo hacer con ellos mi funeral. Para obrar bien, hay gran diferencia en llevar la luz detrás o delante.

El pensamiento del Emperador se realizó al fin. El ilustre cenobista asistió a sus propias exequias con el fervor que le distinguía en todos los actos de la Iglesia, y los que presenciaban aquella tristísima ceremonia le oían repetir en castellano algunos de los Salmos que la comunidad cantaba en latín. Barrientos se sentía dominado por una emoción profunda.

Viendo la humildad, la mansedumbre y la piedad ardientes de aquel hombre, cuya grandeza se había extendido por el Universo, surgió del fondo de su corazón un terror mudo, que parecía detener el curso de su sangre en las venas, y por la primera vez de su vida pensó quizá en la nada de su ser y en el problema de la inmortalidad.

Aquel túmulo que descollaba en mitad de las naves del templo, aquellas luces, aquellos cánticos dulces y lastimeros, ora de una terrorífica entonación, ora de una suavidad consoladora, y, sobre todo, aquel hombre que yacía postrado sobre la tierra, después de haberla hecho crujir bajo el peso de su armadura, impresionaron al soldado de tal forma, que cayó también de rodillas y oro.

De repente cesaron los clamores de las campanas, los acordes del órgano y los cantos del coro. Apagáronse los cirios y se disiparon las nubes del incienso. Había concluido la ceremonia. El Emperador se retiró a la celda de su palacio, y los monjes se dirigieron pausadamente a su convento. Entonces Barrientos, que continuaba prosternado todavía, sintió que una mano se posaba sobre sus hombros.

Volvióse; era la mano del lego.

-Venid -exclamó éste-. El Emperador os recibirá enseguida. Barrientos se enderezó y restregó los ojos.

-Creí que estaba soñando -dijo-. Pero éste era un sueño que me hacía bien.

El lego se sonrió con expresión casi seráfica.

Algunos minutos después, el capitán atravesaba el dintel de la cámara del Emperador.

IV

MISTERIOS

Era ésta, y es, una sala estrecha, reducida, escasa de luz y adornada únicamente, según consta en todas las crónicas, con unos paños negros. En ella tenía el regio huésped su cama, en extremo modesta; un viejo sillón de roble con asiento de cuero y una mesa de nogal, sobre la cual estaban sus libros de devociones, entre ellos el que se guarda como un tesoro en la biblioteca de El Escorial. En el centro de la mesa había también una pequeña caja de caoba, adornada de preciosos mosaicos, donde el Emperador guardaba con el mayor cuidado el crucifijo y la vela que tuvieron en sus manos en la hora de la muerte su abuelo Maximiliano y la Emperatriz Isabel, su esposa.

El traje de Carlos V era de riguroso luto, y vestía una ropilla negra de paño fino, tan raído y usado, que más que vestido de hombre tan poderoso parecía el del panadero de la casa, hombre decidor, que le divertía a ratos, o el de su barbero, de quien era muy aficionado por su donaire. Ni una insignia, ni una sola señal que denunciar pudieran su jerarquía pasada y su alto rango descubrían se sobre su cuerpo; y sólo aquella mirada de águila, sólo aquella frente elevada siempre al cielo con la majestad de la autoridad, sólo aquel sereno y arrogante continente, peculiar de los Príncipes que se han mecido en regia cuna, y que, por lo general, nadie puede imitar, ni ellos suelen nunca perder, hacían adivinar al que los examinaba la soberana importancia de aquel hombre.

A la sazón había cumplido el Emperador cincuenta y siete años y aunque esta edad no era excesiva, la actividad de su vida guerrera, los achaques con siguientes a las fatigas del cuerpo y a las del espíritu y las austeridades de su vocación monástica, habían anticipado la vejez prematuramente en aquella naturaleza gallarda y varonil.

Sus ojos, de un azul puro, tal como Tiziano y su gran copista Pan taja los han bosquejado, despedían miradas de bondad; su labio inferior, caído, herencia de la casa de Austria, no iniciaba ya el desdén y la fiereza de sus antiguas sonrisas; su nariz aguileña, señal de ánimo valeroso y esforzado, como se observo en el linaje de los Ciro, embellecía todavía su semblante. En su frente, ancha y varonil se descubría la sombra de alguna traidora arruga, y este signo infausto, precursor de toda caducidad, parecía cubrir a todo su semblante de un tinte vagaroso de melancolía, detrás del cual se amparaban los más profundos secretos del alma.

Era Carlos V de elevada estatura, de miembros robustos y bien desarrollados, por más que su cuello tenía la belleza y suavidad de formas del de una mujer. Fácilmente calculara el lector cuánta sería la emoción del buen Pedro Barrientos al hallarse enfrente de aquel cuya reciente humildad no podía desvanecer en un momento la grandeza que le habían dado los tiempos y la enorme privanza con que la fortuna le había favorecido.

El capitán dobló una rodilla en presencia del ilustre penitente; pero éste le levantó en sus brazos con la mayor bondad, y dijo:

-Sólo a Dios y al Rey se doblan las rodillas; y yo no soy ni lo uno ni lo otro. Tratad, pues, amigo, con llaneza a este pobre viejo.

-Señor -balbució Barrientos-, para mí es Vuestra Majestad lo que fue siempre. Soy soldado, estuve en Pavía, y el que estuvo allí no podrá olvidar nunca a Vuestra Majestad.

El Emperador se sonrió, y dijo, conmovido:

-¿Fuisteis soldado en Pavía? ¡Ah, hijo mío! Estrechadme la mano. ¿Verdad que aquellos tiempos fueron hermosos?

-¡Oh! -dijo Barrientos con entusiasmo-. Entonces se batía el hierro y se pisaba en todas partes tierra española.

-Ahora también; mas, ¿para qué se necesita tanta tierra?--contestó el Emperador, tristemente-. Sólo seis pies bastan para sepultar al hombre más grande del Universo.

Se quedó pensativo, y añadió:

-Me han dicho que traías una misión del Rey para mí. ¿Cómo está mi hijo? ¿Sois portador de buenas nuevas?

-Este pliego, señor, contestará mejor que yo a las preguntas de Vuestra Majestad. Y al concluir esto, Barrientos sacó de su justillo la carta de Felipe II y se la entregó al Emperador. Este la tomó, y como viera que el pliego estaba manchado de sangre, acercó se con paternal solicitud al soldado, y le dijo:

-¿Estáis herido?

Barrientos se llevó las manos al pecho, y observó después que tenía el colete empapado en sangre.

-¡Bah! -exclamó--. Esto no es nada: una leve picadura. No haga caso de ello Vuestra Majestad.

-Sí haré -replicó el Emperador con dulzura-. El que vierte su sangre en mi servicio merece mi gratitud. Contadme, capitán, porque os han herido. Barrientos se puso pálido de vergüenza:

-Señor -dijo-, la historia de esta herida es una afrenta en mi hoja de servicios. He sido herido por la mano de un niño casi a las puertas de este monasterio.

-¿A las puertas del convento?

-Sí, señor.

-¿Y decís que ha sido un niño?

-Ni más ni menos. Verdad es que yo no saqué siquiera la espada; pero el mancebo se defendió de mi guantelete de una manera bizarra, y con un estoquillo como un alfiler que tenía en las manos me pinchó gallardamente.

-¿Y cuándo ha sucedido eso?

-Hace una hora. ¿En qué sitio?

-Junto a la cruz del camino de Cuacos.

-¿El joven que os acometió montaba una yegua de color perla?

-Blanca como la nieve y ligera como una cabra.

A su vez palideció el Emperador de una manera visible.

-Decidme las señas de ese joven -añadió con voz trémula.

-Era blanco, rubio, de noble continente, desenvuelto y galán. Llevaba un jubón de damasco y una pluma de cisne en la gorra.

-¿Y se batió con vos? -preguntó el Emperador con grande ansiedad.

-Se batió y me hirió.

-¿Y vos no le hicisteis daño?

-Cuando me pinchó con su acero picó espuelas a su yegua, y yo entonces le disparé un pistolete a cuarenta pasos.

-¿Y le habéis herido?

-Lo ignoro, porque desapareció entre las sombras de la noche como un fantasma a quien se hubiera tragado la tierra.

El Emperador corrió hacia la puerta, levantó el tapiz que la cubría, y gritó con voz terrible.

-¡Don Luis..., don Luis!

Volvióse después hacia el capitán, que le contemplaba atónito, y, ende rezándose sobre sus pies con vigorosa energía, le dijo:

-¡Desgraciado! Habéis obrado mal. Salid de mi presencia.

Pedro Barrientos abrió los ojos como si se contemplara víctima de una pesadilla atroz; pero viendo la actitud imponente del Emperador, que le señalaba la puerta con la mano, dobló la cabeza, hizo una reverencia profunda y salió. Una hora permaneció el capitán en el vestíbulo esperando las ordenes del Emperador, que estuvo encerrado con su mayordomo, don Luis Quijada, durante algún tiempo.

-¿Cuál habrá sido mi falta? -se preguntaba en silencio, devanándose los sesos.

Pero no podía adivinarla

Al fin, se presentó Luis Quijada en el vestíbulo, y, saludando al capitán, le dijo:

-Vuestros hombres de armas están ya aposentados y vos tenéis ya dispuesto alojamiento en la procuración. Id a descansar.

-Una palabra -replicó Barrientos-. ¿Puedo saber si he incurrido en el desagrado de Su Majestad?

-Nada podéis saber -contestó Quijada secamente. Y viendo que el pobre Barrientos bajaba la cabeza con resignación casi heroica, añadió con más dulzura:

-Mañana, a las diez, después de la misa, venid a este mismo sitio, y veréis al Emperador.

Concluido esto, le volvió las espaldas. Pedro Barrientos se dirigió a su alojamiento de mal talante, refunfuñando entre dientes:

-Ya empezaron los misterios. Mejor que a vueltas con ellos, quisiera yo andar a estocadas con el diablo.

LA RECONCILIACIÓN

Devorado el capitán por una inquietud mortal, y no pudiendo explicarse lo que le había pasado, comenzó a dar vueltas en su aposento como un león en su jaula, sintiendo atormentada su cabeza por los pensamientos más absurdos.

Dos escuderos le habían despojado de sus arreos de viaje, y cuando le quitaron el colete reconoció su herida, que era como la picadura de una lanceta, y no necesitaba cuidados de ninguna especie. Sirviéronle una cena abundante, pero el capitán no probó bocado. Antes de las once de la noche despidió a sus servidores, y, sentado en un ancho sillón de roble, apoyados los codos sobre una mesa tosca de nogal, entregóse de nuevo a las cavilaciones más extrañas.

Esforzábese Barrientos por inquirir la causa que había motivado el cambio brusco del Emperador, y dábase al diablo en cada uno de sus ternos y juramentos, porque no podía adivinarla.

Al cabo de una hora de crueles meditaciones, sacudió el capitán un tremendo puñetazo en la tabla de la mesa, y dijo:

No entiendo lo que me pasa. Creo que estoy loco. Y, en efecto, su cabeza ardía con el fuego de la calentura, y sentía en su cuerpo ese malestar penoso que acompaña a todas las sobreexcitaciones de los nervios.

Entonces abrió una ventana que había en su habitación, y se colocó en el alféizar para ver si la frescura de la noche mitigaba sus sufrimientos. Eran las doce, y reinaban en el edificio la calma y el silencio de los sepulcros. La luna, suspendida de la bóveda celeste como una lámpara de plata, destacaba sobre el azul de los cielos las agujas del monasterio, bañándole de luz con su tibia claridad. Era una noche de esas de luna y estrellas en que velan los mozos y duermen los viejos.

Dormían los monjes, susurraban las fuentes en los patios y acariciaban las auras con sus besos a las flores, que temblaban de ventura.

Barrientos se llevó las manos a las sienas, como para sofocar la tempestad que rugía en su cráneo, y sintió benéfico consuelo al respirar las brisas embalsamadas de aquella noche primaveral.

Sin embargo, el recuerdo de lo que le había pasado con el Emperador golpeaba su frente como un mazo de hierro, y no pudiendo desechar por completo los pensamientos que le embargaban, caía de tiempo en tiempo en sus tormentosas abstracciones.

-¡Oh! --exclamó, por fin, dando rienda suelta a la ira-. ¡Verme así, corrido y avergonzado, por un chiquillo que me jugó tan mala pasada! ¡Haberme tratado el Emperador, por él, como si fuera un harapo! Líbrele Dios de mi furor, porque si le encontrara en mi camino le aplastaría como a una sabandija. Dos golpecitos dados en la puerta de su habitación interrumpieron el monólogo del capitán. Después oyó clara y distintamente una voz infantil, que le dijo en tono suplicante:

-Abrid, señor capitán, abrid.

-¿Quién sois y qué queréis? -preguntó Barrientos bruscamente.

-Soy un conocido vuestro -dijo la voz-, y vengo a implorar vuestro favor.

El capitán abrió la puerta, y retrocedió asombrado. En pie en su dintel, inmóvil, con el birrete en la mano, estaba el gentil mancebo con quien había tenido la refriega en la Cruz del Humilladero y a quien echaba la culpa de haber caído en la desgracia del Emperador.

Era él, no había duda. Llevaba su mismo jubón, sus lindos gregüescos de terciopelo, sus botines moriscos su precioso estoque y su gorra con pluma de cisne.

-Entrad -le dijo Barrientos con voz ronca.

El joven lo hizo con la desenvoltura más gallarda del mundo.

-Gracias al diablo que os tengo en mi poder --exclamó Barrientos, sacando su larga espada y colocándola encima de la mesa. El mancebo se sonrió con la mayor ingenuidad.

-¿Me guardáis rencor? -dijo.

-Sí -contestó Barrientos arrojando por los ojos centellas de cólera- Os guardo rencor por el lance de esta noche, y he jurado por el bendito apóstol Santiago que me habéis de pagar aquella estocada.

-Sosegaos -replicó el joven con dulzura-. Si estáis agraviado, os daré satisfacción.

-¿Sí?

-Soy hidalgo, y vos, como soldado, debéis serlo también. Si vierais -añadió el joven con acento cada vez más insinuante- ¡si vierais cuánto amo yo a los soldados!

-¿Vos?

-¡Oh! --exclamó el mancebo, con expresión indefinible-. ¡Ser soldado! El sueño de toda mi vida. ¡La guerra, la victoria, los laureles marciales! ¡Qué bello debe ser todo esto!

Barrientos se sentía conmovido, a su pesar. La ingenuidad del mancebo, aquella mezcla de candidez y desenvoltura, aquel entusiasmo impregnado de sencillez y atrevimiento, no pudieron menos de cautivar el alma ruda del capitán.

Oíd ---exclamó el joven, después de una pequeña pausa. *Yo* estoy versado en la lectura de los libros de caballería. ¡Qué cosa tan buena debe ser un *torneo*! ¿Habéis vos asistido a algún *torneo*, capitán? Barrientos le miró con inquietud, creyendo que estaba loco.

-Yo no he asistido a ningún *torneo* -replicó secamente-, ni me ha hecho maldita la falta. Donde *yo* he lidiado ha sido en la guerra, que es donde trabajan los puños y se embota el hierro.

-Pues bien -dijo el joven-; también estoy *yo* versado en los negocios de la guerra. He leído las campañas del grande Aníbal, las de Escipión, las de Julio César y las de Carlomagno. ¿Veis la gloria que alcanzaron estos famosos capitanes? Pues todas las noches sueño *yo* que se han de eclipsar ante la mía. Barrientos no pudo contener una sonora carcajada.

-No os riáis -dijo el mancebo casi encolerizado-. También se ríe de mí el Emperador cuando le digo esto, y muchos caballeros me atormentan de la misma suerte cuando refiero mis sueños. Y, sin embargo -añadió, golpeándose la frente-, *yo* siento aquí una tempestad. Barrientos estaba encantado de aquella sinceridad, y comenzaba a olvidar sus resentimientos.

¿Veis esta mano? ---exclamó el joven, presentándole la diestra-. Parece la de un niño, ¿no es verdad?

Pues bien: ahora veréis si tiene bríos para manejar un acero. Y, concluido esto, se abalanzó rápidamente a la espada del capitán, cuyo peso era tan enorme, que difícilmente hubiera podido levantarla *hoy* un hombre con dos manos. El joven se puso en guardia; blandió el acero *como* si hubiera sido una caña; describió círculos, hizo molinetes y tiró estocadas a diestro y siniestro, soltando, al fin, la espada con aire de triunfo y llenando a Barrientos de admiración.

-¡Rayo de Dios! -dijo el capitán, sin poder contener su alegría-. Manejáis el hierro *como* un soldado de Gonzalo de Córdoba.

-Sí -replicó el joven tristemente-, pero esto no impide que el Emperador y el señor Luis Quijada se rían de mí. *Tres* veces les he pedido que me permitan llevar al cinto una espada toledana en vez de este estoque, que parece el juguete de un chiquillo, y las tres se han burlado de mí ¿No es una crueldad? Por eso me aflige la vida en este monasterio.

-¿Vivís en él?-preguntó Barrientos.

-Hace cuatro meses. Pero estos monjes, esta vida austera, esta soledad, esta inacción me desesperan. Mandar soldados, *como* vos; llevar al pecho, *como* vos, una banda de capitán de los Tercios; proyectar empresas guerreras y ganar trofeos militares, ése sería mi elemento. ¡Paciencia! Ya llegará el día en que realice mi sueño.

Barrientos se sentía cada vez más inclinado al joven. La sinceridad, la elevación de sus pensamientos, y sobre todo, la inocencia que resplandecía en su alma, virgen como el oro, lograron vencer al fin el ceño adusto del soldado, que olvidó por completo la refriega de la Cruz del Humilladero.

-¿Quién sois?-le preguntó con más dulzura.

-No lo sé -replicó el mancebo tristemente.

-¿Cómo os llamáis?

-Juan.

-¿Tenéis padres?

El joven palideció y dobló la frente, agobiada por una nube de melancolía.

-No tengo padres -dijo con voz trémula-, soy huérfano.

-¡Pobre joven! --exclamó el capitán, sin poder dominar los buenos sentimientos de su corazón. Después le tendió la mano. El huérfano la estrechó con efusión, y le dijo:

-Gracias. Parecéis hombre de bien. ¿Me guardáis todavía rencor?

-No --contestó Barrientos- ¿sois huérfano, y cuando veo a un niño sin padres se ablanda mi corazón! Y, al concluir esto, rodó una gruesa lágrima por las mejillas del capitán.

Después añadió:

-Perdonad si me he enternecido. Avezado a la guerra, pocas veces sale el llanto de mis ojos; pero soy hombre antes que soldado, y cuando después de una batalla pienso que quedan tantos padres sin hijos y tantos hijos sin padres, no soy de piedra, y se me rompe el pecho.

-Habéis tocado la fibra sensible de mi alma -le dijo-. Yo soy una víctima de la guerra.

-¿Vos?

-Sí -repuso el huérfano con amargura.

-Contadme vuestra historia.

El joven titubeó un instante, pero; al fin, repuesto de la dolorosa emoción que parecía embargarle, se decidió a hablar.

-Mi historia es breve -dijo-. El Emperador tomó por asalto una gran ciudad. En mitad de una calle encontró un niño en su cuna, rodeado por la soldadesca. Aquel niño fui yo.

-¿Y qué fue de vuestros padres?

-Debieron morir.

-¿No se pudo averiguar su paradero?

-El Emperador hizo todos los esfuerzos posibles; pero en vano. Después me tomó bajo su protección, me puso bajo la tutela del señor Luis Quijada, que me ha criado, y soy su pupilo.

-Bien obró el Emperador.

-¡Oh! --exclamó el joven con entusiasmo-. Es el hombre más grande de la tierra. Daría por él toda la sangre de mis venas.

-¿Tanto le queréis?

-Soy agradecido. Me ha colmado de beneficios, y si me mandara morir por él, moriría sin vacilar.

-¿Y cómo es que habéis seguido al Emperador a este monasterio?

-Porque ésa ha sido su voluntad.

-¿Os trajo consigo el Emperador?

-No. Hallábame yo en el castillo de Villagarcía, donde me he criado y educado aliado de la esposa del señor don Luis Quijada y madre mía adoptiva, cuando el Emperador, hace cuatro meses, envió a mi tutor a buscarme. Obedecí sus mandatos, y vinimos a Yuste.

En aquel instante, las campanas del monasterio empezaban a tocar Maitines. El joven se levantó.

-Es tarde --exclamó---, y vos necesitáis descanso. Mañana nos veremos

-Dijisteis -replicó Barrientos- que teníais que pedirme un favor. ¿Cuál es?

-¡Oh! Es un favor que me interesa bastante. ¿Me lo concederéis?

-Sepamos qué es.

-Cosa muy fácil para vos. Deseo que no reveléis al Emperador nuestro encuentro en la Cruz del Humilladero.

-¡Oiga! ¿Tenemos secretitos?

El joven bajó los ojos.

-Lo siento --exclamó Barrientos-; pero lo que me habéis pedido es ya imposible.

-¿Por qué?

-Porque inadvertidamente he revelado ya al Emperador lo que queréis ocultar

-¡Ira de Dios! -gritó el joven, hiriendo el suelo con el pie-¿Con que se lo habéis revelado? y al pronunciar estas palabras parecía haberse transformado. Su rostro, antes tranquilo y sereno, se tiñó de un vivo carmín; sus ojos alumbraban como carbunclos y sus labios aparecían contraídos por una expresión de cólera. Barrientos contestó con sencilla humildad:

-Se lo revelé todo por inadvertencia, pero si hubiera sabido que teníais interés en que se le ocultara, no lo habría hecho. Estas palabras parecieron calmar al joven.

-¡Como ha de ser! -dijo-. Ya es inevitable que lo sepa; pero yo lo arreglaré de otra manera. Adiós, capitán.

-Esperad --dijo Barrientos, deteniéndole por la ropilla-. ¿Así os des pedís de un hombre cuya ira habéis desarmado como por arte de magia?

-¿Qué queréis, pues? --exclamó el joven.

-Pardiez, que me deis un abrazo.

- Tomadle.

-Además -añadió Barrientos-, quiero que desde hoy me tengáis por amigo.

-¿Amigo? -replicó el joven, desasiéndose de sus brazos-Ya veremos si valéis para serio. Y, rápido como un corzo, abrió la puerta y desapareció, dejando al capitán sumido en nuevas dudas.

-¡Bizarra criatura! --exclamó Barrientos así que se vio solo--Por Santiago que me ha hecho llorar como una mujer. Pero que me corten las orejas si entiendo una palabra de lo que aquí sucede. En fin, a dormir, que mañana será otro día.

Se tendió en el lecho y se durmió.

SOLACES DE UN DESTERRADO

Y amaneció un día diáfano y sereno. El cielo centelleaba con una luz pura, y la tierra, alfombrada de verde por la mano milagrosa de la primavera, llenaba los espacios de ambrosías. El sol alegraba los valles, y las flores, bañadas por su dorada luz, se erguían placenteras, como si en aquel hermoso disco vieran litografiarse la dulce sonrisa del Salvador. Las palomas y las perdices revoloteaban entre las frondas de los espesos castaños que rodean el monasterio, y sobre los tiernos pimpollos del olivo se posaba el alegre jilguerillo, interrumpiendo con sus trinos el silencio imponente de aquellas soledades.

El Emperador Carlos V, que a la sazón gozaba de una salud regular, se había levantado a la hora del alba, y después de oír misa y de rezar sus devociones, como tenía de costumbre, tomó un frugal desayuno y salió al vestibulo. Sentado allí, muchas veces, cerca de la balaustrada pasaba algunas horas entretenido en contemplar el hermoso paisaje que se ofrece a la vista, respirando el aire puro de la montaña y tomando el sol con esa dulce fruición de los viejos, que parece reanimarlos. Olvidábase frecuentemente en aquel sitio de las congojas de su vida, constantemente atribulada por hondas y secretas melancolías, impenetrables a todos los cálculos humanos, y descansando allí de sus austeridades, entregábase a recreos honestos del ánimo, entre sus amigos y servidores. Además, aquel sitio era una especie de atalaya desde donde observaba lo que pasaba dentro y fuera del monasterio, en cuyas puertas se apiñaba diariamente una muchedumbre de personas de los pueblos comarcanos, que acudían, las unas, a trabajar en sus pretensiones, y las otras con el aliciente de las limosnas.

No estaban conformes los monjes con aquel espionaje, y a sus solas murmuraban de él, que la murmuración es planta que nace donde se reúnen hombres; y como el Emperador era severo en el cumplimiento de la regla y tenía poderes bastantes de los superiores de la Orden para corregir las faltas y castigar a los monjes, algunos de ellos vieron sorprendidas sus pobres flaquezas desde la atalaya imperial, sufriendo buenos sustos por virtud de providencias emanadas del regio huésped.

El día después al en que Barrientos llegó al monasterio, salió el Emperador al vestibulo, ya entrada la mañana, y, sentado en su viejo sillón en el lugar que tenía de costumbre, gozando de los beneficios de una temperatura apacible y de

los rayos de un sol que alegraba el alma, dio principio a una de sus sabrosas pláticas en que tanto contento hallaban sus amigos y servidores. Aquel día estaba de buen talante, y su conversación, salpicada de chistes honestos, cautivaba a los oyentes.

Acompañábale fray Martín de Angulo, prior de la casa; fray Juan de Regla, su confesor, y don Luis de Ávila, comendador de Alcántara.

Hallábase a la sazón uno de los frailes coristas sentado en el borde del estanque que bañaba la base del vestíbulo, entonando unos motetes y una misa que había regalado al Emperador un tal Guerrero, maestro de capilla de Sevilla, y oculto el monje detrás del tronco de un voluminoso nogal, no había visto al hombre de la atalaya, que le atisbaba con sus ojos y no perdía sílaba de su canto, acompañándole por lo bajo en consonancia y llevando el compás con los pies.

Por lo visto, el monje debía desentonar grandemente, porque los amigos del Emperador oyeron decir a este entre dientes varias veces:

-¡Oh! ¡Bermejo! ¡Cómo yerra!

Lo que les hizo reír mucho.

Preguntóle entonces el prior que talle parecía la misa y los motetes de Guerrero, y contestó con donaire:

-Me parece que ese Guerrero debe ser ladrón muy sutil, que de unos pasó algo y de otros ha hurtado mucho.

Mandó llamar después al panadero, y díjole con llaneza:

-Ven acá, Pelayo. Como tienes cuidado de emborracharte siete veces a la semana, ¿no le podrías tener en hacer un poco de buen pan que yo pudiera comer?

Recayó la conversación después sobre una conmovedora plática que había predicado la noche anterior fray Juan de Regla sobre el mismo tema que eligió después San Francisco de Borja, antiguo duque de Gandía, en Valladolid, en las honras fúnebres del Emperador, y dijo éste:

-Buen discurso hicisteis, padre, en mis funerales. Así quisiera yo oír sermones tres veces al día.

Fray Juan de Regla se inclinó, con la modestia de un niño, y el Emperador añadió después:

-¿Os acordáis, padre, de los escrúpulos que mostrabais en Valladolid, cuando, apremiado por vuestro prelado, os negasteis a servirme de confesor?

-Sí me acuerdo -respondió el religioso bajando la vista-; mas bien sabe Vuestra Majestad que lo hice juzgándome pobre en suficiencia.

-¿Y recordáis mi contestación?

-«Fray Juan, me dijo Vuestra Majestad, no temáis la conciencia de un Emperador que ha un año entero tratan de descargar cinco juristas y teólogos.»

-Es verdad, dijo el Emperador, conmovido-, y Dios os pagará centuplicado los beneficios que me habéis hecho.

Hablóle después don Luis de Ávila, señor de Mirabel, de que estaba pintando al fresco, en una de las bóvedas de su casa, el encuentro que tuvo el Emperador con el Rey de Francia en Rentin. Preguntóle don Carlos la disposición de la pintura, y, diciendo don Luis que los enemigos se representaban metidos en fuga, respondió:

-Procura, don Luis, que el pintor modere la acción. Parezca honrosa retirada y no vergonzosa huida, porque verdaderamente no lo fue.

Tratóse luego de Cazalla y otros herejes, y el Emperador exclamó con vehemencia:

-Ninguna cosa del mundo bastaría a sacarme de este monasterio más que ésta de los herejes. Ya tengo escrito a Juan de Vega y otros inquisidores para que redoblen su celo por la religión. ¡oh! Si yo hubiera matado a Lutero, no habría herejes en el mundo.

-¿Pudo hacerlo Vuestra Majestad? -preguntó el prior.

-Sí, porque le tuve en mi poder; pero no lo hice, porque le había dado un salvoconducto. Mas hoy conozco que no debí hacerlo, porque la ofensa no fue a mí, sino a Dios.

Calló breves momentos, y después repuso:

-Jamás quise entrar en razones con esos herejes, pues tienen tan bien estudiadas las suyas, que temí ser confundido en su presencia, y como se tan poca gramática no me hallé con fuerzas para oírlos. Cuando marché contra el Landgrave de Hesse y duque de Sajonia, me ofrecieron cuatro príncipes que si los atendía se unirían a mí con su ejército para contrarrestar el del Rey de Francia, que había ya pasado el Rin, y que, unidos, sujetaríamos sus tierras a mi servicio. Deseché la proposición, y seguí solo la guerra.

-Y obró cueradamente Vuestra Majestad -dijo el prior.

-En otra ocasión -añadió el Monarca-, me vi precisado a retirarme de Mauricio y de otros príncipes del Imperio con solo seis soldados de Caballería. Me salieron al encuentro dos príncipes de Alemania, y en nombre de Mauricio me suplicaron que los escuchase que no los llamase ni tuviese por herejes, que me prometían unirse a mi contra los turcos, los cuales intentaban arremeter contra Hungría, y que no volverían a sus Estados hasta que tomáramos a Constantinopla. Yo respondí: "No quiero reinos tan caros, ni con esta condición quiero a Alemania, ni a Francia, ni a Italia, sino a Jesucristo crucificado.

A este punto llegaban de su plática cuando se presentó en el vestíbulo Luis Quijada.

-Señor--dijo al Emperador-, el capitán Pedro Barrientos pide licencia para ver a Vuestra Majestad.

El Emperador se levantó prontamente, como si hubiera sido movido por un resorte, y respondió:

-Condúcele enseguida a mi cuarto.

Después besó las manos a su confesor y al prior, y, apoyándose en el brazo de don Luis de Ávila, se dirigió a su habitación.

¡Gran cosa es oírle! -exclamó el prior así que se quedó solo con fray Juan de Regla-. Embelesa su conversación y cautiva su sencillez. ¿Tendremos hombre para mucho tiempo?

-Sólo Dios lo sabe -replicó el confesor tristemente.

Y los dos monjes, solicitados por obligaciones diversas, se separaron.

VII

LA CARTA

Conducido de nuevo Barrientos a la presencia del Emperador, y solo con él en su mezquina celda, el temor de haber incurrido en su desagrado la noche anterior le obligaba a doblar la cabeza como si se hallara delante del juez más severo.

El Emperador, que con su mirada de águila parecía leer los pensamientos de todos, comprendió la causa del embarazo y timidez del soldado, y mostróse dispuesto a sacarle de tan violenta situación.

Sabed, capitán-le dijo-, que he cometido una gran falta.

-¡Vuestra Majestad una falta! balbució Barrientos-. ¡Parece imposible!

-Pues no lo es -contestó el Emperador -y os juro a fe de hombre de bien que estoy arrepentido de ella.

Éste era siempre su juramento. Decía que juraba a fe de hombre de bien y no de Emperador, porque hombres de bien había pocos, y Emperadores muchos.

Se detuvo un instante, y añadió:

-Anoche os traté con excesiva dureza. ¿Queréis, capitán, perdonar a un viejo achacoso e impertinente sus debilidades?

Barrientos se arrojó a sus pies, y le besó las manos.

-¡Ah, señor! -le dijo, con profunda emoción-. No está bien que la Majestad caiga de rodillas ante los vasallos. Vedme a vuestros pies. Disponga Vuestra Majestad de mi vida.

El Emperador le levantó en sus brazos, y le dijo:

-Gracias por vuestro perdón.

Después le señaló un sillón, y, ocupando el suyo, añadió con dulzura:

-Sentaos, tenemos que hablar.

Barrientos titubeó un instante; pero el Emperador le animó con un gesto, y al fin se sentó.

-¡Si supierais, capitán -dijo el Monarca después de una breve pausa, si supierais todo el interés que me inspira el joven con quien os batisteis anoche! No lo podéis saber hoy; pero Dios permita que lo sepáis algún día.

-¡Interés! -exclamó Barrientos-. ¿Ya quién no se le ha de inspirar ese pobre huérfano?

-¡Ah! ¿Cómo habéis sabido que es huérfano?

-Porque él mismo me ha contado su historia.

El Emperador se puso pálido como la cera.

-¿Y qué os ha contado? -dijo con voz trémula y desfallecida.

Barrientos le refirió brevemente la entrevista que había tenido con el huérfano la noche anterior en su aposento. El Emperador respiró, como si le hubieran quitado de encima una losa de plomo; pero su conmoción era todavía visible.

-¡Oh! -dijo Barrientos, sin poder contener su entusiasmo-. Es un doncel bizarro y gallardo, que me llenó de admiración. Es una de esas almas que sueñan; pero sus sueños son los de los grandes hombres.

-Ya tengo noticia de ellos -repuso el Emperador con gran amargura - Y de los peligros a que conducen desearía yo librarle.

-¿En soñar con la gloria y con las grandes ideas puede haber peligro?

-Soñar es dormir, y dormir es echarse en brazos de la muerte.

-¡Cuántos, despiertos, quisieran valer lo que otros soñando!

-¡Cuántos, soñando, quisieran ser tan dichosos como el que está despierto!

-Soñar, ¿no es vivir?

-Soñar, ¿no es morir?

-Si los sueños son mentiras halagüeñas, ¿no daña veces menos una mentira soñada que una verdad amarga?

-Siempre es dañosa la mentira.

-Siempre es cruel la verdad

-¡Mísera Humanidad! ---exclamó el Emperador tristemente-. ¡Siempre soñando su propio mal y siempre solicitando su engaño!

Hizo una breve pausa, y añadió:

-Capitán, necesito de vos.

-Ya sabe Vuestra Majestad que puede disponer de mi vida.

-Vaya leeros la carta que me escribe el Rey mi hijo. Me habéis parecido hombre de bien, y os he cobrado aficiono Oíd.

El Emperador tomó un pliego de la mesa, y leyó en voz alta lo siguiente:

«Padre y señor: Los cuidados de estos reinos no disminuyen los que Vuestra Majestad inspira al que le contempla desde lejos con el cariño de hijo y el respeto de súbdito. Los negocios públicos no prosperan a la sombra de la inconstante fortuna. Conjúranse en mi daño los herejes, que crecen como la cizaña en la mies del labrador, y el príncipe don Carlos, gloria de mi casa en otros tiempos, llena mi pecho de pesar. Vuestra Majestad pudo ya formar idea del carácter del príncipe en Valladolid, donde le reprendió y afeó su conducta, que en nada mejora. Hase divorciado de todos los vínculos que la Naturaleza forma para regir y gobernar las acciones de los hijos sometidos a la patria potestad. Empero, las cuitas mías no borran de mi pensamiento la imagen de Vuestra Majestad. Ese monasterio es cárcel demasiado estrecha para alma tan grande y valerosa, y bien me holgaría saber abrirme paso hasta el corazón de

Vuestra Majestad y romper las ligaduras de su vocación, devolviendo a la patria una previsión más feliz que la mía, y al trono la más firme columna de su autoridad y esplendor. Mas si esto no puede ser, porque fuerza la inclinación de Vuestra Majestad y su apego a ese dichoso monasterio, deber mío, como súbdito y como hijo, es velar por tan preciosa vida y procurar que no naufrague en el mar de las privaciones con menosprecio de su rango. El situado de doce mil escudos que se ha reservado Vuestra Majestad es menguado en demasía, pues si Vuestra Majestad necesita menos para sus escasas atenciones, en cambio no faltarán necesitados en torno a Vuestra Majestad que imploran la regia munificencia. Ya don Pedro Fernández de Velasco, adelantado de Castilla, tiene órdenes de enviar a Vuestra Majestad diez mil escudos que ha recabado para que provea su tesoro, y pido a Vuestra Majestad que abra las manos en esto de los pobres y en regalar a esos monjes, dando así rienda suelta a su natural inclinación y a sus nobles sentimientos de hacer el bien en el silencio y en el olvido. Lo que me apena es que Vuestra Majestad no haya querido tener médico ni boticario independientemente de ese monasterio, que no debe mostrarse tan alto desdén de la vida, y así, ruego a Vuestra Majestad que se provea de ellos, eligiendo los mejores, para lo cual aumentaremos el situado, aunque no sea más que en el doble de lo que actualmente recibe Vuestra Majestad. Sabedor del aislamiento de ese dicho monasterio, y de que cerca de él vive un enemigo personal de vuestra Majestad, que ni ha querido visitarle ni rendirle pleito homenaje, como era su obligación, por añejos resentimiento que datan desde la rota de los Comuneros en Villalar, envió a Vuestra Majestad cien lanzas para su seguridad, a las órdenes del capitán Pedro Barrientos, soldado famoso y leal, de cuya adhesión, valor y buenos sentimientos me responden todos. Atienda Vuestra Majestad por iguales partes al cuidado de su persona y a las cosas del cielo, que a ello convida también la ley divina y todo forma capítulo en el negocio de la salvación. De Madrid, día del Santo Ángel de la Guarda, años mil quinientos cincuenta y siete de Jesucristo, nuestro Señor. Hijo afectísimo y súbdito de Vuestra Majestad, Don Felipe II.»

Así que el Emperador terminó la lectura de la carta fijó en Barrientos una mirada profunda, y le dijo:

-Ya veis, capitán, que, según me dice el Rey, mi hijo, estoy amenazado de algún peligro.

-¿Será verdad?-exclamó Barrientos con voz varonil-. ¿Habrá alguien capaz de atentar contra la sagrada vida de Vuestra Majestad?

-Tal vez -repuso el Emperador tristemente-. Y lo peor del caso es que mi enemigo tiene razón.

-¡Oh! Eso no --exclamó Barrientos, poseído de indignación-. Cualquiera que se atreva a atentar contra la vida de Vuestra Majestad, que, además de haber sido nuestro Rey, se halla hoy desarmado, es un infame, un mal caballero, un felón, y merece que se le escupa en el rostro por villano y cobarde.

-No temáis -replicó el Emperador-. Ese hombre no hará nada en mi daño; pero, de todos modos, yo necesito del corazón de un hombre que, si es preciso, sepa morir por mí.

-Aquí está ese corazón -dijo Barrientos, golpeándose el pecho-. Mis cien soldados y yo sabremos morir por Vuestra Majestad.

-Acepto vuestro ofrecimiento, capitán, en lo que atañe a vuestra persona. En su virtud, me quedo con vos y despido a vuestros soldados.

-La voluntad del Rey era que los conservara Vuestra Majestad a su lado.

-¿Y para qué? Hacen malas migas monjes y guerreros, y tendría que vivir lleno de sobresaltos. No, señor Barrientos. El santuario no ha menester soldados para su custodia, porque le guarda Dios. Yo vivo a un paso del santuario. ¿Qué puedo temer estando tan cerca de Dios?

Se detuvo un momento, y añadió:

-Es preciso que vuestros soldados partan esta misma tarde.

-Partirán, señor.

-Vos quedaréis a mi lado.

-Me quedaré.

-¿Dispuesto a morir por mí, si es necesario?

-Dispuesto a morir.

-Gracias --exclamó el Emperador, tendiéndole la mano--. Oíd ahora lo que exijo de vos.

Se levantó del sillón, se acercó a Barrientos, le llevó cerca de la ventana y le dijo en voz baja y con cierto misterio:

-No es mi vida la que esta en peligro. ¿Para qué puede querer nadie una vida que vale tan poco y que toca a su fin? Pero si no pelagra mi vida, pelagra otra que vale más que la mía. ¿Me prometéis, Barrientos, preservarla de un golpe homicida?

-Lo juro, señor.

-No juréis. Si sois hombre de bien, me basta vuestra palabra. ¿Me prometéis servir de escudo al pecho que esta amenazado, defenderle con vuestro brazo, y, si es preciso, poner el vuestro cuando le amenace la punta de un puñal o el filo de una cuchilla?

-Lo prometo, señor.

-Mucho exijo de vos, capitán; pero es con buen fin. Oíd: la vida que está amenazada es la de Juan, la del mancebo con quien reñisteis anoche.

-¿La del huérfano?

-Sí; un presentimiento infausto me dice que le amenaza el golpe que estaba reservado para mí. Pues bien, vos podéis quitar ese golpe de su cabeza.

-¿Qué es preciso hacer, señor? -dijo Barrientos con vehemencia. -Estar siempre a su lado, seguirle a todas partes, ser su sombra y contarme todo lo que veáis.

-Lo haré, señor.

-Juan sale todas las tardes a caballo del monasterio y vuelve entrada la noche. ¿Dónde va? Se ignora. Pero presiento que va a buscar el peligro. Cuando vos lo encontrasteis, del peligro venía. ¿Seguiréis mis instrucciones al pie de la letra?

-No faltaré a ellas.

-Tenéis corazón y valor. Es todo cuanto necesito. Por eso fío de vos esta empresa, en que me va casi la vida.

-Vivid tranquilo, señor, que yo velaré por él.

-Eso es, velad por él -exclamó el Emperador con voz casi desfallecida- ¡velad por él como un padre, ya que no lo tiene... ¡Oh Barrientos, sed para ese pobre huérfano una especie de Providencia!

Al concluir estas palabras, la voz del Emperador estaba conmovida, que apenas se hacía entender. Se repuso prontamente, y añadió:

-Ya sabréis la clase de peligros que amenazan a Juan. ¡Es toda una historia! Mas, a fin de que os respete y obedezca, venid conmigo, que vaya presentaros a él y a mandárselo.

Y, terminando esto, el Emperador se apoyó familiarmente en el brazo del capitán y abandonaron la estancia.

VIII

LA SOLDADESCA

Mientras se celebraban estas confidencias en el cuarto del Emperador, tenía lugar en las puertas del monasterio una escena digna de mención.

El atractivo de las limosnas, por una parte, y, por otra, la curiosidad que despertaba el Emperador entre los habitantes de la comarca y aun entre los que no lo eran, atraían todos los días al convento una concurrencia numerosa, compuesta, en parte, de curiosos, y, en parte, de necesitados.

Salían de los pueblos limítrofes a verle, como se sale a ver el sol en los días de invierno.

Sus manos, siempre abiertas para derramar el bálsamo del consuelo en las heridas del infortunio, distribuían el bien pródigamente, enjugaban las lágrimas y dejaban caer un rayo de luz sobre los tugurios de la pobreza.

Los desavenidos ponían en sus manos sus pleitos; el labrador honrado, falto de suerte, cultivaba por él su árido terruño; las huérfanas y las viudas encontraban amparo en su beneficencia; los niños merecían sus halagos; los ancianos, su respeto; los desgraciados, su veneración; y, accesible para todos, sencillo, benevolente, cifraba las glorias de su vejez, desengañada y experimentada, en recoger bendiciones y lágrimas de gratitud.

Separaban algunas veces sus servidores a las gentes de su tránsito, y con gentil llaneza solía decir:

-Dejadme respirar el aire de bondad de estas criaturas. Me hace mucho bien.

Tan sólo una cosa llevaba a mal, y eso movido de su celo y buen deseo. Con motivo de las limosnas, parece ser que se acercaban a la portería del convento mujeres desenvueltas, cuyo lenguaje y modales traspasaban las reglas de la honestidad.

Esto le disgustaba tanto, que más adelante no pudo menos de hacerla presente a los visitantes generales de la Orden, fray Nicolás Segura y fray Juan de Herrera, los cuales tomaron en consideración tan grave advertencia, disponiendo enviar el trigo y demás limosnas a los pueblos para que los alcaldes las repartiesen.

Agrado tanto al Emperador esta medida, y la recibió con tal alegría, que al instante envió un edicto a las villas y lugares que recibían limosnas del convento, y en cuyo edicto se ordenaba que «ninguna mujer pasase de la Cruz del Humilladero, bajo la pena de cien azotes».

En el momento en que el Emperador y Pedro Barrientos salían al vestíbulo a buscar al huérfano, se desarrollaba a las puertas del monasterio una escena repugnante, ocasionada por la desenvoltura de aquellas mujeres, que, bajo el pretexto de la limosna, acudían casi todos los días.

Algunos soldados de los que habían venido con el capitán y se habían alojado en el convento la noche anterior salieron a la portería a divertir sus ocios, y, descubriendo a aquellas mujeres, pronto dieron rienda suelta a pensamientos insolentes, trabando con ellas los galanteos más desvergonzados.

Varios monjes que presenciaron tan escandaloso atrevimiento trataron de interponerse; pero los soldados, que estaban ya ciegos por el demonio de los malos deseos, metieron mano a sus dagas y amenazaron a los frailes, que huyeron de la portería, dando cuenta al prior de todo lo que pasaba.

No fue esto lo peor, sino que Juan, el pupilo del Emperador, llevado de sus instintos belicosos y de su amor a la soldadesca, estaba entre los culpables, de quienes no había habido fuerzas que le separasen en toda la mañana, poseído de la admiración de un niño hacia las cosas de la guerra; y de tal manera hizo suya la causa de aquellos desalmados, que, cuando intentaron arremeter contra los monjes, el inexperto joven desnudo también su estoquillo y se puso al frente de la chusma, ni más ni menos que si se tratara de librar una batalla honrosa.

Acudió, por fin, el prior, y como viera a Juan al frente de la soldadesca, en trance de acometer al que intentase ofenderla, díjole el santo varón:

-Ven acá, hijo mío. ¿Tú también entre los culpables?

El huérfano no se movió.

Bizarra estaba la criatura con el acero en la mano la cabeza erguida gallardamente y el semblante encendido, juzgándose tal vez ufano de capitanear a aquellos desalmados.

El prior volvió a repetir su ruego con voz conmovida; pero el mancebo, fijo en su puesto, como si sus pies hubieran echado raíces, contestó con acento firme:

-Padre, no me moveré de aquí hasta que me prometa vuestra reverencia que no se ha de hacer daño a los soldados.

Las turbas aplaudieron al mancebo con entusiasmo.

-Se obediente, hijo mío -volvió a decir el prior-. Ven a mi lado y no escuches a esos hombres.

-Imposible -gritó el joven con imperio-. Yo los defiendo.

-¡Insensato! -exclamó una voz conocida detrás del prior.

En el mismo instante se presentó en medio de todos el Emperador. Había presenciado desde el vestíbulo la escena de la portería, y, seguido de Pedro

Barrientos, se lanzó veloz como una flecha hacia el lugar del tumulto, corriendo con la ligereza de un joven de quince años.

-¡El Emperador! ¡El Emperador! -exclamaron cien voces a coro. Juan soltó el acero y bajó la cabeza; los campesinos se descubrieron y los soldados, arrepentidos de su falta, temblaban como azogados.

Emperador se aproximó al huérfano en silencio, con actitud severa, y, sacudiéndole el brazo con alguna violencia, exclamó:

- De rodillas, atrevida criatura.

Juan cayó de rodillas instantáneamente, como si su cabeza hubiera sido herida por el rayo.

-Ahora mismo vas a pedir perdón a este santo varón -añadió el Emperador con voz terrible, señalando al prior.

Y el mancebo, como si fuera un autómata, se acercó de rodillas a fray Martín Angula y le besó respetuosamente las manos.

-Pídele perdón en voz alta-exclamó el Emperador. Puesto que el agravio ha sido público, también debe serlo la satisfacción.

De los ojos del huérfano se escapó en silencio una lágrima.

El Emperador la vio y se conmovió profundamente; pero nadie sorprendió su turbación.

Severo, imponente, majestuoso, dominaba al concurso con su altiva y poderosa mirada, con su autoridad in contrastable y con aquel arrogante continente que parecía hecho de molde para dictar leyes al Universo.

Aquella lágrima que había brotado de las pupilas de Juan, ¿era arrancada por el orgullo de la humillación que estaba sufriendo en presencia de las gentes o por el amor propio herido?

No, el Emperador, que sabía leer en el alma de Juan como en un libro abierto, comprendió que aquella lágrima era una ofrenda de la ardiente contrición del niño, arrepentido de haber causado pesar al hombre que más amaba.

Por eso le perdonó desde el fondo de su corazón, y una ternura misteriosa y recóndita brotó instantáneamente de su pecho, dulcificando su severidad. Entretanto, Juan levantó los ojos hacia el prior, y con voz trémula y balbuciente, le dijo:

-Padre, ¿me perdonáis?

El monje le levantó en sus brazos y le dio un ósculo en la frente. En seguida se le llevó de la mano hacia palacio.

-¡Sois unos cobardes! -gritó el Emperador a los soldados con voz de trueno-. Y os juro, a fe de hombre de bien, que si cuando yo mandaba ejércitos y blandía la cuchilla hubiera tenido soldados como vosotros, os hubiera hecho colgar de un árbol por menos delito del que habéis cometido.

Los soldados cayeron de rodillas y extendieron hacia él sus brazos, exclamando:

-¡Perdón, perdón!

El Emperador los contempló con severa e inflexible mirada.

-Sí, os perdono -dijo-; pero sois indignos de servir en los Tercios del Rey, y hoy mismo, antes de partir de este monasterio, donde a la puesta del sol no ha de quedar un soldado, seréis desarmados y se os dará la licencia.

-Señor -exclamó Barrientos, que había permanecido mudo durante la escena-, la osadía de estos miserables no puede quedar así. Deme Vuestra Majestad licencia para aplicarles cincuenta palos.

-Lo dicho, dicho -contestó el Emperador-. Están perdonados, y no me arguyas sobre ello, Pedro Barrientos, que no se ha de alterar un ápice lo que he dispuesto.

-¡Infames! -gritó el capitán, lleno de rabia, apostrofando a los soldados-. Dad gracias a Su Majestad, que os libra de mi furor, pues si no estuviera delante, os habría ya mandado descuartizar.

El Emperador, seguido de Barrientos, se internó en el monasterio, y el pueblo aplaudió su clemencia.

Los soldados, corridos y avergonzados, estaban en situación tan lastimosa que movían a compasión.

La orden se cumplió aquella misma tarde al pie de la letra.

La escolta de Barrientos partió antes de la puesta del sol, y los causantes del alboroto fueron desarmados y enviados a sus casas, de justicia en justicia. Barrientos se quedó, pues, al servicio del Emperador.

EL CASTIGO

Cuando el capitán de los Tercios el Monarca volvieron al palacio, hallaron a Juan en el vestíbulo, rodeado del prior y de algunos monjes y caballeros.

El pobre mancebo les estaba contando la aventura de los soldados, manifestando que si los había defendido era por su afición a las cosas de la guerra, y porque, siendo él también soldado por vocación, miraba como a hermanos y a compañeros de armas a todos los que vestían el uniforme de la milicia.

Comenzaba el prior a explicarle la gravedad de la falta de los miserables, que habían arremetido contra los monjes indefensos, cuando se presentó el Emperador.

Al verle, Juan dobló la cabeza y se le encendió el rostro con vivo carmín. Entonces, espontáneamente, con ingenuidad infantil se acercó al Monarca, se puso de rodillas y le pidió perdón.

El Emperador clavó en el joven una mirada de ternura indefinida, y, procurando dar a su acento mayor severidad de la que en realidad podía darle, le dijo:

-¡Siempre haciendo locuras! ¡Siempre llenando de disgustos y de sin sabores a los que te aman! ¿Has de ser siempre niño, Juan?

-No, señor -respondió el joven, sollozando.

-¿Por qué no eres sumiso y obediente? ¿Por qué no pones más de tu parte para aprender y ejercitar la prudencia? ¿No conoces tú que si el arbolillo se tuerce de joven no se endereza de viejo? ¿Has de volver a faltar al respeto a los mayores, como ha sucedido hoy?

-No, señor.

-¿Has de ser bueno?

-Sí, señor.

-¿Has de ser dócil y circunspecto y juicioso?

-Sí, señor.

-Pues besa mis manos y oye el castigo que te impongo por tu falta. El joven se las besó y aguardó, temblando, sus órdenes.

-En adelante -dijo el Emperador- no llevarás espada al cinto hasta que yo te lo mande.

-¡Oh señor! --exclamó el joven, tendiendo hacia él los brazos en actitud suplicante-. Mande Vuestra Majestad que me priven del aire, de la luz, del

alimento; pero no me quite Vuestra Majestad la espada, que es la prenda más querida de los caballeros.

El Emperador fijó una mirada de alegría casi delirante; pero se reprimió, y añadió con voz severa:

-¿Ves cómo eres desobediente? A la primera prueba que trato de hacer de tu docilidad, tu corazón flaquea y te rebelas. ¿Es así como se acredita el arrepentimiento? ¿Es así como cumples la palabra que empeñas? Pues esto es lo primero que deben aprender los caballeros.

-¡Ah, señor! -murmuró el joven con tristeza y abatimiento-. Todo eso es verdad, pero tener que entregar la espada...

-Cuando la espada sirve para emplearla en locas aventuras; cuando se hace de ella uso para empeñarse en duelos peligrosos, como el que empeñaste anoche con el señor Pedro Barrientos; cuando se hace de ella uso para capitanear una chusma de forajidos y arremeter contra indefensos monjes, vale más colgarla de una espetera que llevarla al cinto. De la espada sólo debe hacerse uso en defensa de Dios, de la Patria y del Rey, y nunca se ha de sacar de la vaina sin razón, ni se ha de volver a la vaina sin honor. Cuando sepas apreciar lo que vale la espada mejor que hoy, te será devuelta.

El joven inclinó la frente con dolorosa resignación, y haciendo un esfuerzo heroico, dijo:

-Hágase, señor, la voluntad de Vuestra Majestad y no la mía.

Aquel rasgo de abnegación volvió a conmover al Emperador. Sin embargo, se había propuesto ser inflexible, y añadió:

-No basta solo entregar la espada. En lo sucesivo no volverás a salir del monasterio sino acompañado del señor Pedro Barrientos.

El joven palideció, pero no replicó palabra.

-Ya ves -prosiguió el Emperador con más dulzura -¡ya ves que mi previsión es justa! Te privo de la espada, pero, en cambio, consagro a tu defensa otra mejor que la tuya.

-¡Mejor que la mía!

-¿No será la del señor Pedro Barrientos mejor? ¿Serías tan presuntuoso que juzgaras que tu brazo de niño tiene más firmeza, más seguridad para blandir el hierro que el de un soldado tan avezado y curtido en toda suerte de lides como el señor Pedro Barrientos?

El mancebo volvió a bajar la vista y no respondió.

-Es un alma indomable -penso el Emperador para sí, con cierta orgullosa alegría.

Y añadió en voz alta:

-¿Obedecerás mis ordenes, Juan?

-Con el alma y la vida.

-¿Tendré necesidad de recordarte el cumplimiento de tu palabra?

-Jamás señor.

-Pues, con estas condiciones, te perdono.

El joven se levantó del suelo y volvió a besarle las manos.

El Emperador se quedó pensativo breves momentos. Luego, como si le mortificara una idea cruel, revistió su acento de mayor dulzura, y dijo al Joven:

-Quiero poner precio a tu conducta. Si eres bueno, si eres dócil, si eres obediente y juicioso, la recompensa que te reservo será proporcionada a tus virtudes. ¿Sabes cuál será?

-No, señor.

-Te devolveré la espada.

El joven clavó en el Monarca una mirada de gratitud, y exclamó:

-Está bien, señor; yo me haré digno de merecerla.

Acabado esto, el Emperador, que hacía ya tiempo no podía vencer su emoción, se retiró a su aposento, y cada uno de los que presenciaron la escena desfiló por distintos caminos.

Quedaron solos el huérfano y Pedro Barrientos.

-¿Por qué estás triste?

-¡Oh! -exclamó el mancebo con amargura-. Me han privado de la espada y de la libertad, ¿y no queréis que lo esté?

-¡Pobre muchacho! -balbució Barrientos, compadeciéndose de él. Y, tendiéndole la mano, añadió:

-¡Valor! ¡Qué demonio! ¿No somos amigos?

-¿Amigos? -exclamó el huérfano con desconfianza.

-¡Voto al infierno! -dijo Barrientos, sin poderse contener-. Si yo no soy amigo tuyo, muchacho, di que no sirvo para serlo de nadie

-¡Ya lo veremos! -respondió el joven, con melancólica sonrisa.

Y se separaron.

LA VIDA MONÁSTICA

Transcurrieron algunos días después de las escenas que acabamos de narrar. En este espacio de tiempo ningún suceso anormal interrumpió la calma del monasterio, mansión verdadera de paz, donde los ecos del mundo apenas inquietaban a los espíritus felices de sus moradores.

La salud del Emperador era excelente, y el benéfico influjo de la primavera, que comenzaba a revestirse en grande escala de sus risueños y pintorescos esplendores, parecía devolverle parte de su antiguo vigor.

Distribuía su tiempo entre sus devociones y algún recreo honesto, como la pesca y el cultivo de algunas florecillas en un jardincito que le reservaron los monjes para su uso en la huerta del Boro, y de tiempo en tiempo solía hacer breves excursiones a los pueblos comarcanos para dejarles muestras de su liberalidad.

Había aumentado su servidumbre, movido por los consejos de varios amigos que le visitaban, y hasta se resignó a usar en su mesa, siempre frugal y parca, un servicio de plata vieja.

Pasaba buena parte del día en los ejercicios espirituales y rezaba cotidianamente el Oficio divino; y cuando no podía, por sus indisposiciones, lo hacía su confesor, fray Juan de Regla, en su presencia.

Oía la misa mayor todos los días, con grande solemnidad y canto de órgano; pero cuando sus dolencias no le permitían salir al templo, la oía desde su cuarto, que comunicaba con el presbiterio por una puerta que se abrió en el muro de la iglesia, para lo cual tenía enfrente de aquella puerta colocada la cama.

Después de comer escuchaba sermones con placer, y cuando no tenía sermón, hacía leer a su confesor o al prior las Epístolas de San Pablo y San Agustín.

Era devoto del Santísimo Sacramento, y tenía Breve (atento a su devoción y a su flaqueza) para recibir el pan celestial de la comunión, aunque se hubiese desayunado.

Su devoción al Santísimo Sacramento le llevó hasta el punto de encargarse en su codicilo una fundación para este culto a sus expensas.

Era tan amigo de la música, que no le agradaba que se cantaran los Oficios divinos sin órgano. Pero no permitía que cantasen otros que los frailes, por lo cual le envió la Orden catorce músicos de los mejores que pudo reunir.

En esto de no permitir cantar a otros que a los frailes fue demasiado severo, y, según cuentan las crónicas, se dio el caso de subir al coro y arrojar de él a un contralto de Plasencia, que subió a cantar unas Vísperas, y que, por lo visto, era hombre de algún mérito.

Asistía a las funciones religiosas de rodillas; y cuando sus achaques no se lo permitían, se sentaba en un sillón; pero esto sucedió raras veces. Era severísimo con los frailes si observaba en ellos alguna señal de descompostura en el templo, y parecía tener cien ojos, como Argos, para descubrir sus faltas. Cuando alguno se dormía inadvertidamente en el coro, se le oía murmurar:

-Miren qué bermejo; ya dio la cabezada.

Cuéntase que una tarde, en las Vísperas, se descuidó en cruzar una pierna sobre otra, y como tenía encargado al prior que no consintiera que nadie tuviera en el templo una postura inconveniente, aunque fuera el mismo, fray Martín de Angula le observó y no pudo menos de sonreír al sorprender su distracción.

Entonces, y no atreviéndose a advertirle, mandó a un fraile que se sentara cerca del Emperador y cruzase, como él, las piernas; y hecho al pie de la letra, surtió el efecto que se quería, porque así que reparó en el fraile, conoció su falta y se puso de rodillas, pidiendo luego al prior que fuera con el muy severo en todo.

Tal como su sencillez y llaneza en el trato de sus amigos, de sus servidores y de toda clase de gentes, era su humildad.

Cuando fueron a verle los dos visitantes de la Orden, fray Nicolás Segura y fray Juan de Herrera, ya mencionados antes, diéronle que tenían que hacerle cuatro cargos. Preguntó les cuáles eran, y sacando los frailes un papel se los leyeron.

Consistían los cargos en rogarle «que no permitiera a los frailes hacer frecuentes salidas del convento ni dormir demasiado; que no los regalase con dinero ni alhajas; que no diese favor a ninguno en cuanto perjudicase a la disciplina, y, por último, que se dejase servir por la comunidad».

Luego que se marcharon, dijo:

-Confieso que me ha edificado aquel viejo y que nunca he temblado más que cuando le vi con un papelillo en la mano y me dijo que iba a hacerme cuatro cargos.

Visitado por San Francisco de Borja, antiguo marqués de Lombay y duque de Gandía, que trocó también el yelmo por el hábito de Loyola, menospreciando sus riquezas y vastos estados, díjole el César "que se lastimaba de no poder dormir vestido para no macerarse más".

A lo que replicó el santo:

-Señor, las muchas noches que Vuestra Majestad veló armado causan que no pueda dormir vestido: pero, gracias a Dios, que tiene merecido más con

haberlas pasado así en defensa de su fe, que muchos religiosos las cuentan de cilicios.

Instábanle los frailes de continuo a que se dejase servir de ellos, alegando que lo tendrían a grande honor; pero se resistía siempre, diciendo: -Yo no he venido aquí a ser servido, sino a servir a Dios; y si no fuera por mis achaques, me hubiera complacido más entrar de donado y hacer como tallos oficios mecánicos.

Hay una cuestión llena de sombras que merece tocarse en este libro, y sobre la cual puede su autor derramar poquísima luz. Filósofos e historiadores han hecho esfuerzos heroicos por profundizar en ella, y todas las pasiones del corazón humano se han asociado al poder investigador de la crítica para arrancar a una tumba su secreto. Nos referimos a la abdicación del Emperador y a su resolución inquebrantable de renunciar al mundo y de pasar el resto de su vida en un monasterio.

¿Qué causas influyeron en aquel memorable designio que llenó de asombro a los siglos pasados y excita la admiración de los presentes? ¿Cuál es el secreto de aquel grandioso descendimiento que servía eternamente de ejemplo a todas las generaciones?

Sólo Dios lo sabe. El secreto, si algunas de las razones de la Historia no bastan para explicarlo, debió bajar con su dueño a la tumba, y ni el prior de Yuste, varón lleno de probidad, cuya relación sobre la estancia del Emperador en el convento es de una veracidad intachable: ni fray Juan de Regla, su confesor: ni el obispo Sandoval, su cronista, ni el erudito don Juan Antonio de Vera y Zúñiga; ni el mismo Luis Quijada, intimo amigo suyo, en quien depositó siempre ilimitada confianza, pudieron apoderarse de él y entregarle al juicio de la posteridad. Todo lo que se ha discurrido sobre esta cuestión no ha podido salir nunca del periodo conjetural.

Los poetas atribuyen a desengaños de amor la retirada del Emperador de los negocios mundanos; los místicos, a una penitencia; los políticos, a la razón de Estado; los escépticos, al orgullo de raza, quebrantado por el mundo entero, que aseguran se le venía encima, y sus enemigos, a los remordimientos. ¿Merecen crédito estas versiones?

De todas ellas, ninguna parece más verosímil que la que el mismo Emperador hizo en el acto de su renuncia ante la Dieta de Bruselas, donde, después del discurso del canciller Filiberto, levantó se a duras penas, apoyado en el hombro de Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange, y, entre otras cosas, dijo:

-Hasta este día ni dejé de salir con honor ni excusé trabajo. A este efecto, pasé nueve veces a Alemania la alta; seis en España; en Italia, siete; diez he venido a estos Estados; en Francia he entrado cuatro veces; dos en Inglaterra, y otras tantas en África. Ocho veces he entregádome al mar Mediterráneo, y al

Océano, con ésta, que será la última, cuatro... Esta maravillosa estadística de su actividad, ¿no es razón bastante para explicar su sed de reposo, su ansia de sosiego, a los cincuenta y seis años de edad y cuando su naturaleza, minada ya por la gota y los achaques crónicos que le llevaron al sepulcro, estaba rendida y profundamente deteriorada?

Que a la resolución de abdicar y de retirarse del mundo se asociaran desengaños crueles, pudo muy bien suceder, porque los desengaños son la moneda falsa de la Humanidad, que siempre corre en los mercados de la vida, y cuanto más alto el hombre, cuando más poderoso, más accesible es a experimentarlos, por su mejor disposición a sembrar beneficios, y es probado que el que los siembra cosecha en abundancia desengaños.

Ya se quejó de la fortuna en una de sus últimas derrotas, diciendo que era dama cortesana, que acariciaba a los mozos y volvía las espaldas a los viejos; mas la pérdida de algunas tierras insignificantes no debió ser causa de renunciar a las cosas de la vida, porque cuando firmó el acta de su abdicación' puede decirse que tenía en sus manos el cetro del Universo, y su cabeza, tres veces coronada, apenas podía sostener el peso de la gobernación de sus Estados, que dividió en dos partes, y distribuyó entre su hermano y su hijo, considerando que eran sobrada carga para uno solo.

Es, pues, más verosímil fundar su retirada de los negocios en su cansancio corporal y moral, en sus dolencias crónicas, en la fatiga de su espíritu, valiente y superior, pero, al fin, deleznable, y en el noble impulso en sus generosos sentimientos.

En cuanto a la elección que hizo de un convento para asilo de su vejez prematura ya dicen los cronistas que en vida de la Emperatriz Isabel, su esposa, hicieron los dos voto de retirarse a un convento con la humildad y llaneza de dos particulares, resolución que el mismo Emperador aseguró en Yuste no había tenido efecto por la temprana muerte de la Emperatriz. Y, sin duda, o consecuencia de aquel voto, eligió el Emperador el retiro de Yuste, porque doce años antes de su abdicación envió una comisión de personas entendidas a buscar en las regiones de clima más benéfico de España el punto donde se proponía descansar de las agitaciones de su vida, cuya comisión se fijó, después de maduro examen, en el monasterio de la Orden de Jerónimos, de Yuste, fundado en 1410, donde el César mandó construir, por el plano del palacio de Gante, en que nació, la modesta vivienda donde pasó el resto de sus días.

Respetemos, pues, el secreto de su grande y generosa resolución, y bendigamos el nobilísimo ejemplo de abnegación y humildad que ofreció a todas las generaciones.

EL CASTILLO DEL DIABLO

Abatido y triste vivía el huérfano Juan en el monasterio desde que el Emperador le había impuesto el castigo de no llevar espada y el no menor sacrificio de estar bajo la vigilancia de Pedro Barrientos.

El pobre Juan, consumido por la fiebre ardiente sus sueños de gloria, por sus instintos de independencia y por su afán de celebridad, engendrado con la lectura de los libros de caballería, arrastraba en el convento una existencia lánguida y doliente, semejante a la de esas flores tropicales que se ahílan en las estufas por carencia de aquel sol vivificante del país donde germinaron y nacieron. Era estrecho y reducido el espacio de aquel mísero convento para alma tan grande o para imaginación tan soñadora como la del gallardo pajecillo. Nadie volvió a oírle murmurar una palabra contra la penitencia que estaba cumpliendo con resignación heroica; pero su frente, pálida y marchita; sus mejillas, despojadas del encarnado matiz que las embellecía, y la sonrisa triste y melancólica que se pintaba en sus labios, señales eran por las cuales el ojo menos perspicaz hubiera conocido que dentro de aquel pecho se agitaban dolores comprimidos que anhelaban romper su oscura cárcel, y que en el fondo de aquel corazón bramaba sordamente una tempestad que le hacía estremecerse en la soledad y en el silencio. Salía poco de su habitación; paseaba algunos ratos en la huerta; contestaba a todas las preguntas que se le hacían con sobriedad y dulzura, y conducíase con una timidez y un temor tan inocentes, que a todos los que le conocían inspiraba la más afectuosa compasión.

El Emperador, que no le perdía de vista a través de su simulada indiferencia y de su estudiada severidad, examinaba con secreta inquietud sus más ínfimos movimientos, y seguía paso a paso con cierto recato por los claustros silenciosos y por las frondosas arboledas de la huerta, procurando inquirir dónde tenía el joven la herida y cuál era el bálsamo que convenía usar para cicatrizarla.

¡Esfuerzos inútiles! La pena de Juan estaba profunda, y el Emperador conoció que no era él bastante para hacerla salir de su fatal prisión.

-¡Me oculta un secreto! pensaba el Emperador algunas veces, oyéndole suspirar y sollozar. "¡Oh! Dios mío, ¿por qué no me es dado penetrarle?"

Una tarde que le había seguido en sus excursiones solitarias por la huerta, se encontró con él de manos a boca, y sorprendió en los ojos del mancebo dos lágrimas abrasadoras.

-Juan, ¿qué tienes? -le dijo.

-Nada -contestó el joven, sonriendo de una manera desgarradora- Al lado de Vuestra Majestad me contemplo feliz.

Y le besó las manos. Estas escenas se repetían con alguna frecuencia.

El Emperador conoció que no era prudente oprimir demasiado aquella naturaleza rica y varonil, que a la sazón se desarrollaba en la primavera de la vida, al calor de las fantasmagorías de una imaginación privilegiada y exuberante, y, aunque con pesar, se dispuso a abrir un poco la mano y aflojar los frenos que la sujetaban. Cuando se aprisiona al águila y se la quitan las alas con que se remonta a las nubes para contemplar al sol frente a frente, la reina del espacio se despedaza de coraje, y, al fin, sucumbe entre reflujos de desesperación.

Águila era Juan, sometido a las privaciones de sus gustos romancescos y de sus acariciadas ilusiones, y no teniendo alas para volar, veía desvanecerse con febriles impacencias sus sueños queridos, y sentía en el fondo de su alma una mortificación intensa que le devoraba como devora el fuego la arista que se le arroja. La medicina llegó a tiempo. Porque Juan estaba ya enfermo; enfermo del corazón que es peligrosa dolencia para las grandes naturalezas.

El Emperador encomendó a Pedro Barrientos, que era la persona con quien el joven más simpatizaba, a pesar de su odiosa misión de espionaje, que se abriese paso hasta su confianza con dulzura, que le procurase distracciones acomodadas a su carácter, que le sacase a pasear a caballo fuera del monasterio, y que, sin perderle de vista, le dejase correr por las inmediaciones buscando en los goces de la vida rural lenitivo a sus tristezas.

Al principio encontró Barrientos algunas dificultades para reducir al joven a salir del misterioso círculo de sus reservas. Se había hecho suspicaz y desconfiado; y el temor de que el Emperador llegara a conocer sus sufrimientos y mortificaciones le hacía retraerse de todo amistoso comercio. Pero, al fin el capitán, con su llaneza de soldado y su ingenuidad de hombre de bien, logró vencer lentamente la repugnancia del joven a todo trato social, haciéndose poco a poco dueño de su corazón.

Invitado por Barrientos una tarde a salir a caballo por los alrededores, asintió Juan a la proposición y como el joven esperase en la portería que el capitán hiciese la guía del paseo, díjole este:

-¿Adónde vamos?

-Adonde vos queráis -contestó Juan humildemente.

-No -replicó el capitán-. Hemos de ir donde mejor os plazca. El joven le envió una mirada de gratitud, suave como una caricia. -Seguidme -dijo.

Y lanzó su yegua al trote por el camino de Cuacos.

Los dos jinetes caminaron en silencio hasta la Cruz del Humilladero; pero en aquel sitio se paró Juan y dijo a Barrientos:

-¿Queréis, capitán, que elija yo también el resto del paseo?

-Sin duda alguna -respondió Barrientos. Ya os he dicho que iré con gusto a donde vayáis.

El joven torció a la derecha sin pronunciar palabra y ambos jinetes se aventuraron por una senda estrecha y tortuosa, que más parecía propia de perdices que destinada para el uso de los habitantes de la comarca.

-¡Voto a cribas! --decía Barrientos cuando tropezaba su caballo en las sinuosidades y asperezas del camino -si esa senda no conduce al infierno o a sus arrabales, tampoco me parece que debe conducir al paraíso.

-Quizá os equivoquéis --contestaba Juan. Seguía avanzando. Así caminaron más de media hora, atravesando bosques llenos de castaños, en cuyas ramas cantaban las aves sus amores, y así pasaron dos o tres barrancos fragosos, por cuya base se deslizaban arroyos cristalinos, en cuyo borde crecían plantas acuáticas de un color verde esmeralda.

Subieron después un áspero y empinado repecho, y, al llegar a una meseta poblada de espesas arboledas, Pedro Barrientos no pudo contener una exclamación de sorpresa.

-¡Ah! ¡Qué hermoso es ese valle! -dijo.

El huérfano se sonrió.

-Capitán -exclamó con cierta jovialidad familiar, de que no había hecho uso hacía algún tiempo-, ¿no os parece que ese valle tiene más parecido con el paraíso que con el infierno?

-¡Voto a los cuernos de Lucifer! --contestó Barrientos-, que si no lo estuviera viendo no lo creería. Parece mentira que en este desierto de lobos y de jabalíes se encuentre ese palmo de tierra tan aprovechado.

Apeáronse de sus cabalgaduras, que ataron a los troncos de dos castaños seculares, y se sentaron. La admiración del capitán era justa y fundada. El paisaje que tenía delante era un valle longitudinal, de una legua de largo, cortado en dos mitades por un arroyo caudaloso que semejaba una serpiente de plata. La vegetación de aquel oasis se ostentaba en la plenitud y exuberancia que sólo se admira en los paisajes orientales. La flor morada del romero aparecía mezclada con la del lirio y la madreselva, y los verdes pimpollos del olivo inclinábanse amorosamente, balanceados por una brisa tenue y aromática, sobre la flor del melocotonero y la blanca del almendro, que saturaban el ambiente de perfumes embriagadores.

En el fondo del valle, y levantado sobre un promontorio granítica que parecía cortado a pico, destacábase un soberbio edificio coronado de almenas y de torres gallardas, que semejaban otros tantos gigantes de piedra a quienes se

hubiera encomendado la defensa de aquella tierra bendita, que había recibido de la mano del Omnipotente privilegios tan sublimes; y su fábrica severa, maciza, poderosa, en que se descubrían los vestigios del arte romano, del gótico y del bizantino, parecía haberse enclavado allí para desafiar eternamente el poder destructor de los siglos. El sol, con sus rayos de oro y su vivísima lumbre, iluminaba de lleno a la sazón los robustos muros del castillo, y Pedro Barrientos examinaba con el interés y la curiosidad de un viejo soldado la bizarría de la traza y la solidez de la fábrica del vetusto edificio, cuyas almenas debieron ser testigos en edades no muy remotas de las hazañas épicas de los hijos de la Cruz en sus luchas de siete siglos contra los agarenos. Un foso profundo rodeaba la fortaleza, elevada sobre una especie de glacis pintoresco, que servía de jardín a los dueños de aquella morada, y un puente levadizo con su correspondiente rastrillo ponía en comunicación con el mundo aquella pesada mole de piedra berroqueña, tenida en aquellos tiempos por inexpugnable.

-¡Vive Dios! exclamó Barrientos, lleno de admiración-, que ese nido de águilas encanta a la vista, y que levantando el rastrillo de aquel puente sólo los pájaros podrían penetrar en esa fortaleza. ¿Cómo se llama este castillo?

-En la comarca tiene un nombre que despierta los más tristes recuerdos-dijo Juan melancólicamente-; se llama el castillo del Diablo.

-¡Por Santiago!-dijo Barrientos, santiguándose devotamente-, que han sido y son grandes las aficiones de ese caballero, natural del infierno, a mezclarse en las cosas de nuestra pobre vida. En España no hay conseja sin su cacho de diablo, ni castillo o fortaleza donde su majestad Pedro Botero no haya servido de alarife para dejar un resquicio por donde meterse y hacer de las suyas. ¿Por qué llaman a ese edificio el castillo del Diablo?

-Porque, según las tradiciones del país, fue el mismo diablo quien lo construyó.

-¿No lo dije?--exclamó Barrientos, jovialmente-. Ya tenemos a Belcebú metido a albañil, labrando con aquellas manos que se calientan en el fuego más vivo del infierno esos estribos y arbotantes que desafían el mal humor de los tiempos, ¿Y sabéis vos para qué se le antojó al diablo fabricar esa cueva de piedra?

-Para hacer daño a la comarca-respondió Juan sencillamente-, y, sobre todo, para devorar a las infelices mujeres.

-¿Figuran también mujeres en la conseja?-dijo Barrientos, riendo a carcajadas-. Entonces, bien se comprende que cerca de ellas andaría el diablo, porque no pueden vivir el uno de las otras separados.

-¿Queréis saber lo que refiere la tradición de ese castillo? --exclamó Juan.

-Con mucho gusto--respondió el capitán de los Tercios del Rey-, y si no os hubierais anticipado a mis deseos, ya os habría pedido esa historia.

Pues habéis de saber--dijo el huérfano--que en el sitio que ocupa ese castillo labraron los romanos una fortaleza, que fue destruida por los godos y restaurada de nuevo por ellos. Guando los sarracenos vinieron a España, la tomaron por asalto y la convirtieron en ruinas, sometiendo estas tierras al dominio del Rey moro de Cáceres.

«Había en la corte de este Rey moro, feudatario de los Califas de Córdoba, un caballero muy principal, llamado Zaide, el cual se había enamorado en una de sus correrías de una joven cristiana llamada Alicia, de la ciudad de Trujillo. Desesperado Zaide por los desdenes de la joven cristiana y mortificado por una pasión que se acrecentaba a medida que hallaba más imposibles, parece ser que pidió consejo a una hechicera gitana, a una bruja que tenía pactos secretos con el demonio, y ésta le sugirió el pensamiento de llamar en su auxilio a Belcebú y de pedirle que le ayudara en La empresa de robar a la cristiana y de someterla a su voluntad. «El moro, instigado por su fatal pasión, llamó, en efecto, al diablo a medianoche, y el demonio acudió a la cita, y le ofreció realizar sus designios y hacerle dueño de Alicia, siempre que se comprometiera a ser su esclavo en vida, ya que a su muerte lo sería por toda la eternidad, en razón a que, como moro, no podía redimir su alma con la sangre y los méritos de nuestro Señor Jesucristo. Prometió Zaide al demonio cuanto quiso, y entonces el último reconstruyó de la noche a la mañana ese castillo en la forma que lo veis, con grande admiración de los habitantes de la comarca, que, conociendo que era obra del diablo, empezaron a huir de el y de los contornos, para no comprometer la salvación de sus almas. «Levantado el castillo, Zaide y el diablo penetraron una noche por un portillo abierto en los muros de la ciudad de Trujillo al frente de una hueste numerosa de árabes que acompañaban al primero, y de tal cual batallón de demonios negros y malditos, que acaudillaba el segundo, y robando a la joven Alicia, la trajeron de una carrera a ese castillo, donde la encerraron y guardaron cuidadosamente. El rey moro de Cáceres nombro a Zaide caíd de esta comarca, y le dio fuerzas poderosas para que la defendiera y la ensanchara con nuevas conquistas, y Zaide se estableció, al fin, en ese castillo, enseñoreándose de este territorio. «Empero, el diablo y él no habían contado con la huésped, es decir, con la resistencia de la joven Alicia a los deseos del moro, el cual la encerró en aquella torre que mira al saliente, decidido a triunfar de la honestidad de la doncella o darle fiera muerte antes que otro más afortunado le arrebatara su amor. Luchó la joven con denuedo en su amargo cautiverio contra las tentativas de su bárbaro raptor, y por espacio de algunas horas resistió sus feroces iras. Ayudábale el diablo en su infame obra cuanto podía; pero la joven, que era devota de la Virgen Santísima, frustraba

los planes de Luzbel, invocándola a cada paso como abogada y protectora de su candor, y todos los esfuerzos del rey de los infiernos se estrellaban contra la más pequeña de las plegarias de la joven. Estrechada cada vez más por Zaide, oprimida de continuo, expuesta al naufragio de su honestidad, y cada vez más mortificada por el moro, que, lleno de furor, empezaba ya a proceder a las vías de fuerza, la pobre doncella no pudo sostener más la lucha, y una tarde, a la puesta del sol, en que, perseguida por el feroz agareno, subió a aquella torre, y sintió cerca de su nevado cuello el filo de su cimitarra, entre morir o perder la flor de su honestidad, no vaciló en escoger el medio primero, y lanzando su cuerpo al espacio por entre aquellas almenas murió estrellada contra las rocas del foso, y voló su alma a la mansión de la inocencia y de la gloria a recoger el premio de su pureza.»

-Por vida del diablo, que se mezcla en todas estas cosas -dijo Barrientos-, que la tela de la conseja esta bien urdida y me parece gallarda. Sí, juro a Dios. Pero yo debo haberla oído contar diez o doce veces, porque en muchos pueblos de España y Alemania se refiere de la misma manera.

-¡Oh! Esta es verídica, señor Barrientos, ésta es verídica -exclamó Juan, con cándida sencillez- y lo que va a asombraros más todavía es la conclusión.

-Pues ¿no concluyó con la muerte de la heroína?-preguntó Barrientos.

-No -contestó Juan-. Falta que sepáis la parte que tomó el diablo en el desenlace.

-Creía yo- dijo Barrientos, volviendo a jurar como tenía por costumbre-, creía yo, ¡vive el Cielo!, que el diablo no podía tomar parte peor que la que tomo aconsejando al señor Zaide que cometiera tantas bellaquerías y bribonadas.

-Pues no paró en eso. Enfurecido el moro por la muerte de la infeliz Alicia, y dando siempre oídos a las pérfidas sugerencias del diablo, se puso al frente de los soldados Árabes que tenía dentro de esa fortaleza y taló la comarca, llevándolo todo a sangre y fuego, y degollando sin piedad a todas las mujeres que caían en su poder. Después de haber saciado su rabia y furor, se encerró en ese castillo, devorado por los más terribles remordimientos, y siempre se le veía en aquella torre, inclinado el cuerpo sobre las almenas y con la vista fija en el espacio, como si quisiera estar mirando constantemente el sitio donde murió Alicia. Por fin, sucumbió el árabe, víctima de su espantosa desesperación y de los sortilegios del diablo, que se llevó su cuerpo y su alma a los infiernos una noche, a la misma hora en que celebraron su horrible pacto. Poco tiempo después fue tomado ese castillo por un caballero leonés llamado Ruy Gómez de Valera, y en la actualidad siguen poseyéndole sus descendientes.

-La conclusión del cuento es bizarra -dijo Barrientos-; pero también la he oído algunas veces. ¿No se dice de ese castillo alguna otra cosa que sea más extraordinaria?

-Sí, señor Barrientos --contestó Juan gravemente-. Se dice también que los habitantes de la comarca suelen ver desde entonces, algunas noches, después del canto del gallo, un fantasma espantoso en aquella torre, que desde entonces se llama también la torre de Alicia, el cual fantasma no es otro que el mismo moro Zaide, condenado por el diablo a esa suerte de expiación en el mismo lugar donde cometió su crimen, para hacer eternos sus remordimientos.

-¡Por Santiago! -dijo Barrientos-, que no creía yo que el señor Lucifer era tan justiciero. Sí, mal año para su casta. Sólo que observo que su majestad infernal es egoísta como un holandés, porque si ayudó al pobre Zaide a hacer el cohombro, lo equitativo sería que le ayudara también a llevarle sobre los hombros. Aparte de esto, desearía que me resolvierais una duda.

-Con mil amores, señor Barrientos.

-El fantasma de Zaide, ¿se presenta de tarde en tarde en aquella torre o menudean sus visitas?

-Dicen que sólo se le ve dos o tres veces al año.

Es natural, porque desde ese castillo al infierno debe haber jornadas bastante largas, y a menos que el diablo le traiga por los cabellos, viajando por el aire, no será fácil que se repitan con frecuencia las excursiones.

-¿Os ha agradado la historia? -preguntó Juan con infantil candor.

-Mucho -dijo Barrientos-; sólo que como esos sucesos debieron pasar en los tiempos del rey que rabió, pudo muy bien suceder que no sean verdaderos.

-Sí lo son -insistió Juan con firmeza-, y para conocerlos mejor, señor Barrientos, de su exactitud, podéis preguntárselo a los monjes, y os referirán la historia lo mismo que yo la he referido.

-¡Cómo! ¿Los monjes dan testimonio de ella?

-Sí, señor Barrientos, y a ellos se debe que los habitantes de la comarca se hayan tranquilizado de todo punto sobre las apariciones de Zaide. Cuando fundaron el convento de Yuste vino la comunidad entera a este sitio donde nos hallamos ahora, y practico todo género de conjuros y exorcismos para ahuyentar al diablo de ese castillo, y especialmente de la torre de Alicia, donde los habitantes de la comarca creyeron que tenía una de sus guaridas. Desde entonces, las apariciones de Zaide tienen lugar más de tarde en tarde, y, por fin, hace ya algunos años que no se ha vuelto a ver.

-¿Y los moradores de ese castillo -preguntó Barrientos- se acomodan de buen grado a vivir en él sabiendo que de tiempo en tiempo tienen por huésped al diablo?

-Si; pero nunca hacen uso de la torre de Alicia, que permanece cerrada desde tiempo inmemorial.

-¿Y nadie ha visto esa torre?

-Nadie, porque dicen que se ocultan en ella cosas maravillosas y extraordinarias.

-Os equivocáis, mancebo --dijo Barrientos, sonriendo--, porque esa torre es ya conocida de alguien.

-¿Qué decís? -exclamó Juan.

-Mirad.

Y Pedro Barrientos extendió la mano y señaló con su índice al joven la torre misteriosa.

En ella se destacaba a la sazón, al pálido reflejo del sol poniente, una forma blanca y vaporosa que se parecía, como una gota de agua a otra gota, a la forma de una mujer.

-¡Cielos! -exclamó Juan, pálido de terror-. ¿Será ella?

-Sí, sí --dijo el capitán con tono zumbón-; es ella, es Alicia.

-¡Alicia!

- Ya lo creo -añadió Barrientos, sin perder su buen humor-; a la medianoche viene Zaide convertido en fantasma. ¿Qué extraño es que le preceda Alicia a la puesta del sol disfrazada de espectro?

-¡Oh! ¡Qué imprudencia! -murmuró Juan con voz ininteligible y sin poder dominar su grande emoción-. ¡Haber abierto la torre maldita! ¡Haber subido a ella! ¡Desgraciada!

En aquel momento se oyeron a lo lejos los sonidos de algunas trompas de caza y los ladridos de una trailla numerosa de perros.

-¿Qué ruido es ése? -preguntó Barrientos al joven.

Pero éste, absorto en la contemplación de la misteriosa aparición del castillo, y como si en silencio le consagrara cierto culto, cierta adoración profana, ni oyó la pregunta del capitán ni le contestó. Barrientos se puso en pie, porque el ruido de las trompas y los ladridos de los perros se aproximaban al valle cada vez más, y entró en deseos de ver quién era el afortunado mortal que se hacía acompañar de aquel estrépito, verdaderamente digno de un magnate.

El espectáculo que se ofreció a la atónita vista de Barrientos merece examen.

RUY PÉREZ DE VARELA

A la entrada del valle se descubría una numerosa comitiva de monteros, vestidos rústicamente, los cuales marchaban en fila con cierta gravedad extraordinaria. Los unos iban montados; los otros, a pie. Los jinetes aparecían armados con corazas antiguas y cascos enormes, y llevaban lanzas y espadas, ni más ni menos que si vinieran de la guerra. Los caballos que montaban eran negros como la noche, y las armaduras de los jinetes, cubiertas de herrumbre y tratadas con marcado descuido, daban a aquellos hombres un aspecto imponente. Los peones vestían trajes de paño burdo, y llevaban en la cabeza gorras de pieles de animales montaraces, ostentando en sus pechos y en sus espaldas una especie de blasón encarnado, que Barrientos, a pesar de su ojo perspicaz, no podía distinguir bien por la distancia.

Estos peones conducían en colleras hasta cincuenta perros de presa grandes y feroces que armaban con sus ladridos un ruido infernal.

Detrás de los conductores de los perros marchaban otros al cuidado de arias acémilas, que debían llevar las provisiones de boca y la caza de la jornada.

Delante de los jinetes y de los peones, y separados de ellos por una distancia de veinte pasos, caminaban con cierta gravedad y parsimonia otros os hombres, caballeros en briosos corceles cubiertos de espuma, los cuales, la vista del castillo, comenzaron a relinchar, como si trataran de expresar de aquella manera su alegría. Estos dos jinetes ofrecían a la vista asombrada de Barrientos, que los contemplaba de perfil, el más extraño y singular contraste.

Eran un viejo y un joven, este último casi un niño próximamente de la misma edad de Juan.

El viejo era una especie de atleta, fornido, cuya edad no bajaría de noventa años, y hubieranle tomado cualquiera por un patriarca de los tiempos bíblicos a no ser por el marcial arreo de que iba revestido.

Aunque a larga distancia, pudo Barrientos distinguir bien que la barba aquel anciano era blanca como el ampo de la nieve, siendo a la vez tan desmesuradas sus dimensiones, que le llegaba hasta la mitad del pecho.

Sus cabellos, plateados también como la barba caían sobre sus espaldas forma de espesa madeja, y llevaba sobre la cabeza un casco de acero ricamente cincelado y bruñido como la superficie de un espejo, ostentando en su cimera una pluma negra, que se bamboleaba graciosamente recibiendo las caricias de la brisa.

El peso de los años no le impedía, al parecer, sostener el de la armadura, que llevaba con la bizarría de un joven vigoroso; y sus robustas piernas, cubiertas por las grebas, sus manos calzadas con guanteletes, regían y gobernaban el poderoso corcel, encaparazonado con mallas de hierro, como se acostumbraba para entrar en batalla, con el mayor abandono y seguridad de espíritu.

Pendían de su costado una larga espada con empuñadura de acero en forma de cruz y una daga morisca de temple damasquino, cuyo puño era una verdadera joya de arte oriental, y, por último, llevaba sobre los hombros, en forma de túnica, una piel de tigre, que le prestaba mayor realce fantástico.

Pedro Barrientos contempló aquella extraña y formidable figura con cierto mudo terror, que le impedía articular palabra, y creía para sus adentras, de buena fe, que aquel hombre no debía pertenecer al mundo, no sólo por la antigüedad de sus atavíos guerreros, propios de otras edades, sino por su fisonomía verdaderamente espectral.

Imaginábase Barrientos, y hasta cierto punto con razón, que tenía delante a uno de los antiguos guerreros de la Cruz, a uno de los que florecieron en las épocas de Alfonso el Batallador, del Cid y de Guzmán el Bueno, yesforzábbase por explicar la presencia de aquel fantasma en el valle, cosa que no concebía como no se le hubiera arrancado de un sepulcro antiguo, dándole espíritu vital el Hacedor Supremo. Pero la admiración de Barrientos no se limitó a este solo punto.

Si el anciano excitaba su asombro, el joven que le acompañaba no le causaba menos, por el contraste que formaba con él, pareciendo a su lado el tierno retoño del olivo creciendo junto a su trono secular.

Era el joven un mancebo de quince a dieciséis años, y llevaba estereotipadas en su rostro las señales de una virilidad precoz.

De elevada estatura, de gallardo continente, de color moreno y ojos rasgados, cubierta la barba de un vello finísimo, tan negro como el azabache, revelaba a simple vista uno de esos tipos en que la sangre española y la africana, cruzadas de una manera maravillosa, engendran espíritus superiores, que son la admiración de todas las edades.

Todo lo que en el anciano había de severo, de majestuoso, de imponente y de terrorífico, contrastaba con lo suave, lo gracioso, lo intrépido y lo encantador que se notaba en el joven.

La naturaleza del viejo parecía trasponer hacia el ocaso de la vida; la del joven se ostentaba en su plenitud, iluminada por vivos fulgores.

En la frente del uno parecía deletrearse esta amarga sentencia: «He vivido.» En la del otro, resplandecía la esperanza en el apogeo de su belleza, como diciendo: «Voy a vivir.»

El anciano tenía elevada constantemente al cielo la vista, como si dijera en silencio: «Allí me esperan.» El joven la tenía inclinada siempre a la tierra, como si pensara: «Aquí me aguardan.» Absorto Barrientos en la contemplación muda de aquellas dos figuras antagónicas, fijó su vista con deleite en el joven, buscando impresiones más halagüeñas que las que le produjeron la austeridad y la sombría rudeza del viejo. Entonces observó que, así como en las edades, se diferenciaban en los vestidos.

El joven llevaba un magnífico traje de caza de ante amarillo, bordado todo él primorosamente, según la costumbre de la época. Un gracioso birrete de terciopelo carmesí con una toca de seda azul aprisionaba sus negros cabellos, dejando en descubierto algunos rizos juguetones, y pendientes de su cintura descubriéndose una espada toledana de riquísimo gusto y un cuchillo de caza de extraordinario mérito.

Lo que a Barrientos le encantaba más, lo que hasta cierto punto más le conmovía, eran la sumisión, el respeto y las marcadas deferencias que el joven parecía tributar al viejo, demostrando una solicitud llena de ternura y delicadeza para servirle y agradecerle en todo.

La comitiva se alejaba rápidamente, atravesando el valle en la dirección del castillo, y Barrientos, que había permanecido silencioso algunos momentos, haciendo en su mente las observaciones que llevamos expuestas, se volvió hacia Juan, y le dijo:

-¡Vive Dios!, que si el caballero que se dirige a la fortaleza escoltado por esa buena tropa de escuderos y de perros que promueven tan infernal algazara, no tuviera cierto aspecto español y cristiano, ¡vive Dios!, repito, que le hubiera tomado por ese endiablado Zaide cuyas hazañas me habéis referido.

-¡Qué locura! - replicó Juan con aire distraído-. Zaide está sepultado en los infiernos, y nunca se presenta a esta hora.

-Es verdad --dijo Barrientos con tono burlón-; pero como tampoco se presenta la sombra de Alicia a estas horas, y como hace ya un buen espacio de tiempo que la estamos viendo inmóvil y casi clavada en aquella torre, nada de extraño tendría que al diablo le hubiera dado la gana de sacar a Zaide del infierno y de traerle de día a la presencia de su víctima para gozarse en sus remordimientos.

-No os chanceéis con estas cosas --dijo el huérfano, sonriendo con benevolencia-; ni aquella figura que se ve en la torre es la de Alicia, ni el caballero que se dirige al castillo es Zaide.

-Pues ¿quiénes son? -preguntó Barrientos, clavando en el joven una mirada profunda y penetrante.

-Son las personas más principales de esta comarca -replicó Juan, sin separar los ojos de la torre de Alicia. -El caballero es el magnífico y poderoso Ruy

Gómez de Varela, señor de Pasarón, y la mujer que veis en aquella torre es Magdalena, su bisnieta.

-¡Ruy Gómez de Varela! --exclamó Barrientos, después de una breve meditación-. ¿No anduvo mezclado este caballero en las famosas guerras de las Comunidades?

No fue él--respondió Juan, tristemente-. Fue un hijo suyo, del mismo nombre y apellido, que murió en el cadalso.

-Sin embargo -insistió Barrientos, después de evocar sus recuerdos- he oído hablar de otro Ruy Gómez de Varela, en Alemania, que también fue ajusticiado en Bruselas por servir a la causa luterana.

-Ese Ruy Gómez de Alemania fue el único hijo que dejó el comunero.

-¿De manera -añadió Barrientos- que el anciano que en este momento se aproxima a la poterna del castillo fue padre del comunero de Castilla y abuelo del heresiarca de Alemania?

-Precisamente -contestó Juan.

-Entonces ¿quién es ese joven que le acompaña?

-Su bisnieto Conrado, hermano de Magdalena, que debe ser la joven que está en la torre.

-Es decir, ¿que Conrado y Magdalena son hijos del heresiarca?

El huérfano hizo un gesto afirmativo.

-¿Sabéis --exclamó Barrientos- que esa familia de ajusticiados tiene una historia más lúgubre que la conseja que me habéis referido?

Juan no contestó, pero bajó la cabeza sobriamente.

En aquel momento se ocultaba el sol detrás de las verdes colinas de la montaña, festonadas primorosamente por los árboles, que crecían en ellas, mecionado en las nubes sus flotantes coronas.

Los cazadores se perdieron de vista detrás de los muros del castillo solitario, y cuando Barrientos volvió a mirar a la torre no vio más el blanco y vaporoso fantasma que antes había visto.

Comenzó se a levantar del lado de la tierra un viento sutil, que entumecía los miembros, y el capitán, sacando al joven de la especie de éxtasis o letargo doloroso en que estaba sumido, le advirtió que era tarde y que si no aprovechaban el tiempo para regresar al monasterio correrían el peligro de estrellarse contra los vericuetos del camino.

Juan lanzó una última y dolorosa mirada al castillo la cual era equivalente casi a una despedida silenciosa y aun pronunció en voz baja algunas palabras que el capitán no pudo entender.

Después montaron a caballo, y partieron.

XIII

EL SECRETO DE JUAN

Al día siguiente, después de la misa, pidió Barrientos al Emperador permiso para verle, y, admitido que fue a su presencia, dióle cuenta detallada de todo lo que había sucedido la tarde anterior.

El Emperador oyó la relación del soldado con vivísimo interés, y cuando se hubo enterado de todo, le dijo:

Proseguid vuestra obra, capitán, y avisadme de cuanto suceda. Sobre todo, os encargo una cosa.

-¿Cuál es, señor?

-Que si Juan muestra deseos de ir al castillo, se lo estorbéis a todo trance.

-Así lo haré, señor.

-Os lo pedirá, os lo rogará, tal vez se incomodará con vos si se lo impedís; pero es necesario impedirselo a toda costa.

-Se lo impediré.

-En todo caso, y si vierais que su empeño y su tenacidad eran tales que hubiera el temor de acrecentar sus dolencias con una negativa, le permitiréis bajar al castillo, siempre que consienta en que le acompañéis vos.

¿Cumpliréis mis instrucciones?

No me separaré un ápice de ellas.

El Emperador le estrechó la mano, y se despidieron. Aquella misma tarde se presentó el huérfano con las espuelas puestas en el aposento del capitán, y le dijo:

-¿Seríais tan bondadoso que quisierais acompañar me hasta el valle? -Sin duda alguna -contestó Barrientos con bondad-. Me encanta aquel sitio, y le prefiero a todos.

Montaron a caballo, y repitieron la excursión del día anterior. Cuando descubrieron las almenas del vetusto edificio, reinaban en el valle solitario la calma religiosa del desierto y su silencio majestuoso. La decoración no había ganado ni perdido en realce.

El mismo sol que el día anterior centelleaba en el firmamento con una luz pura; las mismas aves regalaban los oídos con sus arpadas lenguas; el mismo arroyo prestaba frescura y vida a las flores de sus cármenes, y la misma brisa prodigaba sus besos y sus caricias balsámicas al enorme edificio, que extendía sus brazos de gigante sobre aquella grandiosa soledad, en actitud de guardarla y defenderla.

El capitán y el huérfano se sentaron en el mismo lugar que el día anterior, después de haber asegurado sus cabalgaduras atando los frenos a las ramas de dos árboles. Al principio guardaron silencio, entregándose a la contemplación del bellissimo panorama que tenían delante, y que recreaba dulcemente sus sentidos.

Juan no separaba los ojos del castillo, y Barrientos, que no quitaba del joven los suyos, aprovechando todos los instantes para observarle furtivamente, sorprendió en sus miradas todo un poema de tristezas vírgenes y de amargas heroicas.

Adivinaba el capitán que en el alma del joven se anidaba un secreto que le condenaba a todo un linaje de misteriosas mortificaciones; pero como el Emperador le había dado órdenes tan estrechas, limitábase a sentir por el huérfano la más viva y oculta compasión.

A fin de distraerle de los pensamientos que embargaban su atención, y que parecían llenar su cabeza de dolores, le dijo, al cabo de algún tiempo:

-¡Qué hermosa tarde! ¿No es verdad?

-En efecto -contestó Juan, melancólicamente-, es una tarde hermosa para los dichosos.

-¿No lo sois vos? -preguntó Barrientos, destilando sobre él una mirada profunda.

El joven levantó sus hermosos ojos al cielo, y sonrió dulcemente.

-Sí, lo soy -dijo, con voz insegura-, y si no lo fuera, la amenidad de este sitio me produciría grato consuelo.

-¿Sabéis --exclamó el capitán, jovialmente- que también he simpatizado yo con este hermoso valle, y que me holgaría mucho de vivir en aquel castillo, a pesar de la infame vecindad del diablo?

-¿Volvéis a chanceros con el diablo, señor Barrientos?---dijo el joven.

-¡Líbreme Dios de las chanzas de ese tunante! -respondió el capitán, con tono zumbón.

-Pues no andéis con bromas con él, porque las bromas del diablo siempre salen veras.

-Ya lo creo. Y si no, dígalo la pobre Alicia, de cuya trágica historia me informasteis ayer. Y, a propósito de Alicia, mirad hacia la torre, ya tenéis en ella el mismo fantasma de ayer.

En efecto, el capitán no se engañaba. En el mismo sitio del día anterior volvió a descubrir el blanco ropaje y el contorno fantástico de una mujer.

El huérfano clavó en la torre una mirada de alegría delirante, y, sin poder reprimir la violenta emoción que agitaba su pecho, murmuró, en voz baja e ininteligible:

-¡Ha vuelto a subir a la torre! ¡Niña infeliz! Alguna desgracia le va a pasar.

Barrientos, que no perdía el más ínfimo movimiento del huérfano, sintió que se acrecentaba su compasión al comprender sus sufrimientos.

En aquel instante separó el joven los ojos del castillo y los posó en Barrientos, demostrando con su indecisa mirada que tenía alguna súplica que hacerle.

Barrientos comprendió aquella mirada y descifró su significación.

Pero era un hombre leal, había hecho una promesa al Emperador y no podía faltar a su palabra, sin ser tenido por indigno y mal nacido.

En la imposibilidad de conceder al joven el favor que parecía pedirle con aquella mirada suplicante, encomendó también a sus ojos la respuesta, y dio a entender al huérfano que tenía un grave deber que cumplir.

Juan entendió también aquella muda negativa, y bajo la cabeza, lleno de resignación.

Después exhaló un leve sollozo, semejante al suspiro de una flor o al murmullo de un arroyuelo.

Y así transcurrió media hora, pasada en un silencio tan penoso para el uno como para el otro.

Al cabo de este tiempo, levantóse Juan resueltamente y dijo al capitán, con cierta rudeza inusitada:

-Huyamos de aquí-.

-Deteneos -replicó Barrientos, sujetándole por la ropilla-. La tarde es hermosa, y convida a la dulce confianza. ¿Queréis oírme sin desagrado?

Sentaos aquí.

Juan obedeció con la docilidad de un niño.

-Vamos a ver --continuó Barrientos con voz cada vez más insinuante ¿No me tenéis por amigo?

-¡Amigo! -dijo el huérfano, con amargura-. Es demasiado dulce ese nombre para que los desgraciados puedan con frecuencia invocarle.

-¡Niño! ---exclamó Barrientos, con cierta severidad-. No deis abrigo en el pecho, en edad tan temprana, al escepticismo y a la duda. El mar produce perlas, y el áspero matorral, flores. Cerca de la caverna del lobo anidan la paloma y la golondrina, modelos de ternura y mansedumbre. ¿Creéis que el corazón del hombre es un desierto, donde no puede crecer la flor de la piedad? Pues de esa flor nace el fruto de la amistad santa, que es uno de los dones más excelentes que el Creador regaló al hombre.

De los ojos de Juan brotó una lágrima abrasadora.

-Perdonad dijo, estrechando las manos de Barrientos con efusión-; a veces no se lo que me digo, y, sin querer, ofendo a los que me aman. Pero, como no soy malo, me arrepiento fácilmente. ¡Oh, señor Barrientos, si yo tuviera madre! ¡Si

yo pudiera sentir sobre mi frente el dulce bálsamo de su ternura, quizá no anidarían en ella los malos pensamientos!

Barrientos se sentía profundamente enternecido.

Las reflexiones del huérfano le llegaban al alma, y no podía reprimir sus generosos impulsos.

-Sois un noble joven --exclamó el capitán, oprimiéndole las manos- y en verdad os digo y os repito que si yo no puedo ser para vos un amigo verdadero, no lo podré ser en este mundo para nadie. Vamos a ver. ¿Queréis confiar al amigo vuestros pesares?

Juan le dirigió una mirada impregnada de recelo y desconfianza; pero como viera retratadas en el semblante del soldado la verdad y la sinceridad, no vaciló ya en abrirle su corazón.

-Sabed -le dijo con cándida ingenuidad -que estoy sufriendo hace tiempo indecibles tormentos.

-¿Es posible?

-Ahora os lo revelaré; pero debo advertiros que si no podéis aliviarme de su peso, tampoco es justo que contribuyáis a aumentarle, para lo cual sólo os pido una gracia, que podéis concederme honradamente.

-¿Cuál es esa gracia?

-Que no reveléis mis penas al Emperador.

-Dadla por concedida contestó Barrientos con alguna turbación.

-Con esa condición, vaya abriros mi pecho -dijo el huérfano-; y si abusáis de mi confianza y acrecentáis mis daños, que Dios os castigue. Barrientos se estremeció bajo el peso de aquella amenaza como si hubieran puesto sobre su corazón una losa de plomo.

Habéis de saber --exclamó Juan que con uno de los habitantes de ese castillo me liga el vínculo de un noble juramento, que no puedo romper sin ser un miserable. A unos cien pies de este sitio, en aquel barranco fragoso que veis allá bajo, tuve yo una tarde, que vine a este lugar por pura curiosidad, la suerte de salvar la vida a Conrado, bisnieto del dueño de esa fortaleza.

-¿Del hombre de la barba blanca y de la larga cabellera?

-Precisamente. Llevado el joven de su afición a la caza, había acorralado con sus perros a un jabalí en este barranco, y, hostigada la fiera por los ataques de la jauría y por Conrado, que había echado pie a tierra para acometerla cuchillo en mano, arremetió contra él y le derribo en tierra, empeñándose una lucha terrible, en que Conrado llevaba la peor parte. Yo, que le vi en tan peligroso trance, volé en su auxilio inmediatamente, y con el estoquillo con que os herí a vos y del que me han privado con injusticia, pase a la fiera de parte a parte, y libré al joven de una muerte segura.

Y obrasteis hidalgamente -dijo Barrientos.

-Gracias -contestó Juan-; no hice más que cumplir con mi deber.

Levantóse Conrado, pálido y ensangrentado y, tendiéndome los brazos al cuello, suplicóme que le tuviera siempre por amigo; y, en efecto, aquella misma tarde, en este mismo sitio, juramos los dos, poniendo a Dios por testigo, que seríamos amigos hasta la muerte, y que fuera maldito y execrado de todos el que quebrantara aquel juramento.

-Y ninguno de los dos lo habrá quebrantado, ¿no es verdad? -preguntó Barrientos.

-No ---contestó Juan, con voz trémula-; pero uno de los dos no cumple con las santas leyes de la amistad tan bien como el otro.

-¿Y quién es el que no las cumple?

-Yo.

-¿Vos?

-Escuchadme hasta el fin. Agradecido Conrado de que yo le hubiese salvado la vida, me llevó al castillo y me presentó a su abuelo y a su hermana Magdalena, refiriéndoles todo cuanto había pasado. El abuelo y la joven, que son dos criaturas superiores y santas, me colmaron de bondades y me abrieron las puertas de su casa. Preguntóme después el viejo quién era, y le conté mi historia, como a vos. Al saber los huéspedes del castillo que residía en Yuste, que era paje del Emperador y pupilo del señor Luis Quijada, pusieronse más pálidos que el alabastro, y entonces el viejo me dijo, con una voz que me hizo estremecer: «Hijo, has salvado a mi nieto la vida, y soy tu deudor. En otras edades mejores que ésta, el agradecimiento era la primera virtud de los hombres, y el que faltaba a sus leyes era maldecido. Yo alcancé aquellas edades, y he tenido la desgracia de alcanzar también ésta, pero vivo a usanza de las primeras. La gratitud te hace sagrado para mí, y este castillo, mis haciendas, mi vida, te pertenecen. Pero si vienes a ver a los desterrados del valle, si gustas de nuestro trato, si quieres frecuentar la amistad de mi nieto, ha de ser con una condición, y es que nunca has de venir acompañado con gentes del monasterio ni nos has de hablar jamás de sus moradores. Y no me arguyas ni me preguntes más. Sin esa promesa, nos despedimos de ti para siempre».

-Extraña promesa. ¿Y se la hicisteis?

-Sí, porque a nadie infería agravio.

-No obstante, pareceme que debisteis consultar con alguna persona sabia y prudente antes de hacerla.

-¿Por qué?

-Porque en la exigencia del anciano hay un misterio que quizá os hubiera convenido averiguar.

-No lo dudo, y a medida que frecuente el trato de los moradores del castillo, me persuadí de que me ocultaban cuidadosamente un misterio grave; pero yo no he sentido jamás inquietud por conocerle.

-Es decir, que, después que hicisteis aquella promesa, ¿habéis venido al castillo con frecuencia?

-Todos los días.

-¿Tanto os aficionasteis al trato de sus huéspedes?

-¡Si los conocierais! ¡Son tan buenos! El anciano es un patriarca venerable, lleno de experiencias y sabiduría. Conrado es valiente, intrépido, generoso y dócil de condición. Magdalena es un ángel, en quien parece que Dios ha hecho recaer todos los favores de la fortuna. ¿Era posible tratarlos sin amarlos?

-Es verdad; pero me atrevo a asegurar -dijo Barrientos, destilando sobre el joven una mirada picaresca- que, de los tres, será Magdalena la preferida de vuestro corazón.

El huérfano bajó los ojos, y un vivo rubor coloreó su semblante.

-Quiero a Magdalena como a una hermana -dijo.

-¿Nada más? -preguntó Barrientos.

-Nada más -balbució el joven.

¿Hace mucho que frecuentáis el castillo? -dijo Barrientos. Hace tres meses.

-¿Y en qué ocupáis el tiempo cuando venís a él?

-En escuchar de los labios del anciano la historia de sus hazañas guerreras y las máximas de la sabiduría y de la prudencia. En ejercitar la esgrima con el joven Conrado en presencia de su abuelo. En oír la dulce palabra de Magdalena que cae sobre los corazones como un torrente de armonía. Y en respirar las auras campestres en el jardín del castillo, donde no falta nunca un poco de sol que alegre el alma del viejo patriarca.

-Ninguno de esos recreos me parece peligroso -dijo Barrientos-. Pero esa tenacidad de los huéspedes para que no les habléis de los moradores del monasterio me da en qué pensar. ¿Sabéis si son herejarcas?

-¡Ellos!... ¡Ah! ¡No, no! -exclamó el huérfano, con fervido entusiasmo-. ¡Si son los corazones más nobles y más generosos de la tierra! ¡No les infiráis semejante agravio!

-Con todo, suelen los herejes disfrazar de tal manera sus inicuos sentimientos, que, a veces, se parecen al cocodrilo, que canta y llora para atraer a su víctima y devorarla.

-No, señor Barrientos -respondió el huérfano, con ingenuidad-; ni son herejes ni son como el cocodrilo. En la planta baja del castillo tienen una capilla, consagrada a la Virgen del Amparo, y nunca faltan en su altar ramos tejidos con las flores más bellas de la comarca, ofrecidos por Conrada y Magdalena. Todas las noches reza el abuelo el santo Rosario en el castillo, acompañado de

sus nietos y servidores, y tengo entendido que éste es un magnífico y grandioso espectáculo.

Lo que me acabáis de referir me tranquiliza -dijo Barrientos-, y siendo devotos de la Virgen Santísima, no pueden ser unos malvados. Ahora, lo que deseo saber -añadió el capitán- es por qué me dijisteis que faltáis a las santas leyes de la amistad jurada a Conrado.

-Porque desde el día en que llegasteis vos al monasterio no he vuelto al castillo.

-¿Y quién os impide que vayáis?

-¡Oh, señor Barrientos! ---exclamó Juan, oprimiéndole las manos-. ¿Seríais tan bueno, tan generoso, que me permitirais ir?

-No hallo inconveniente, con tal que yo os acompañe.

¡Cómo! ¿Os atrevéis a proponerme semejante cosa después de saber que no puedo presentarme en el castillo con ningún morador del monasterio de Yuste?

-Entonces no hallo medio de complaceros.

-¿Y por qué no? ---exclamó el joven, con voz sorda.

-Porque soy un hombre de honor, y he prometido no perderos un momento de vista.

-¡Oh! ¡Lo presentía! ¡Lo presentía! -gritó el huérfano, lleno de furor. Todos me espían, todos me oprimen, todos se gozan en mi desesperación. ¿Hay en el mundo un ser tan desgraciado como yo, que a nadie inspira lástima?

-¡Ingrato!

-Un día me quitan la espada; otro me privan del afecto de personas que me hacen grata la vida. ¿No es cien veces mejor la muerte que esta existencia, envenenada por tantos sinsabores?

-¡Sosegaos! -replicó Barrientos, procurando calmar la espantosa agitación del joven-. Vuestra situación no es tan desesperada que no pueda dulcificarse por la intervención de un amigo.

-¡Vos mi amigo! ---exclamó Juan, llegando al colmo de su borrascosa exaltación-. Decid más bien que sois el enemigo mayor que he tenido. Desde vuestra llegada al monasterio se han acrecentado mis males. En pos de vuestras huellas han venido un tropel de desdichas, que se han cebado en mi pobre corazón. Antes de veros, no conocía yo el odio, y desde que habéis venido a Yuste, creo que aborrezco a todo el mundo.

-Tened más calma -respondió Barrientos con dulzura. Bien sé que a vuestra edad no puede uno dominar los fieros impulsos del corazón; pero si me escucháis sólo un momento, espero que habéis de mudar de opinión respecto a mí.

¿Cómo podréis disculpar vuestra crueldad?

-Oíd --dijo Barrientos, con voz firme-: yo soy soldado y el soldado es siempre esclavo de su deber.

Quien puede, me ha exigido palabra de acompañaros a todas partes, y yo he empeñado mi palabra, que estimo en más que mi cabeza. Pero si hoy no puedo permitirlos bajar al valle, mañana quizá podré. ¿Queréis que revele al Emperador lo que me habéis contado?

-¡Jamás!

-¿Y por qué no? Sabiendo el Emperador que estáis ligado a los huéspedes del castillo por los lazos de un afecto honesto, ¿podría negar su consentimiento a que frecutarais su amistad?

Os prohíbo que digáis una sola palabra al Emperador. ¿Lo oís? Ni una sola palabra.

Serenaos, pensad con más juicio.

-Capitán, soy inflexible. Si habéis empeñado al Emperador una palabra, otra me habéis dado a mi de guardar mi secreto. Veremos si sabéis estimar en más vuestra palabra que vuestra cabeza.

-¡«Rayo de Dios! -murmuró Barrientos en voz baja-. Es un alma indomable; pero soy su amigo y obraré en su favor.»

Y el joven, que se había levantado ya, pensaba para sí:

-«Es tan falso como todos. No me fiaré de él.»

Desató su yegua en silencio, y montó en ella de un salto.

-¿Nos vamos ya? -le preguntó Barrientos con dulzura.

-Sí -contestó Juan, fijando en el valle su mirada melancólica-; este sitio me hace daño. En adelante no volveré más a él.

Barrientos sintió brotar de sus ojos una lágrima. Montó en su caballo, y siguió al joven, que tomó el camino del monasterio al trote largo, como si tuviera prisa por huir de aquellos lugares.

El resto de la tarde fue triste. Durante el trayecto, ni el joven ni el capitán volvieron a despegar sus labios.

LA ENFERMEDAD

Dios ha permitido que la naturaleza humana sea tan fuerte, en medio de sus flaquezas, que en sus frecuentes choques contra el dolor suele, por regla general, salir siempre victoriosa.

Sin embargo, no hay piedra que no cave y destruya una gota de agua repetida; como no hay roca, por dura que sea, que, a fuerza de golpes, no produzca una gota de agua.

La juventud es poderosa fortaleza para resistir el ariete del dolor; pero si es cierto que ejércitos numerosos hacen caer murallas, no lo es menos que ejércitos de dolores pueden dar al traste y desbaratar la salud y la dicha del pobre corazón humano.

Juan cayó enfermo. Desde la tarde en que reveló al capitán su secreto, no volvió a salir de su cuarto. Aquella misma noche le acometió una fiebre intensa, cuyos primeros síntomas alarmaron bastante al médico del convento.

Entonces, como ahora, la medicina se reconocía impotente para diagnosticar sobre las enfermedades de los nervios; y entonces, como ahora, se limitaba la ciencia a doblar su humana cerviz, a decir cuatro aforismos junto a la cabeza del enfermo, a adoptar un sistema expectante y a confiar y esperar en Dios.

Los caracteres alarmantes de la fiebre de Juan consistían en fuertes crispaduras de nervios, en agudos espasmos, que hacían pasar rápidamente al enfermo de un estado de frío glacial a un período de calor urente, y viceversa. Había momentos en que crujían sus dientes con un redoble convulsivo, y otros en que deliraba como un frenético.

A una fiebre se sucedía otra, sin periodo de acceso fijo, a veces ocurría el crecimiento antes de haberse verificado la completa declinación, y a veces pasaba tranquilo un par de días, y luego volvía a recaer con más gravedad.

Era indudable para la ciencia que Juan padecía una enfermedad aguda, violenta, susceptible de abrir paso a infinitas complicaciones; pero la ciencia no sabía clasificar ni definir tecnológicamente aquella enfermedad, tan fecunda en síntomas raros y en accidentes misteriosos; y en aquellos tiempos, cuando la ciencia dudaba y el enfermo tenía fiebre, los doctores no hallaban más medio para combatir el mal que acudir a la lanceta, con la cual extraían la sangre dañada, como ellos decían.

Hasta ocho veces sangraron a Juan, siendo abundantísimas las evacuaciones; y ésto, unido a la dieta, a los estragos naturales de la enfermedad, ocasionó al

joven una debilidad extremada, indicio seguro de que, si se salvaba su vida, no podría escapar de una larga y penosa convalecencia.

La enfermedad del huérfano traía revuelto y confuso al antes tranquilo y apacible convento.

Además de la estimación y aprecio que habían consagrado los monjes al pobre mancebo, presentían ellos, no sin fundamento, que el interés vivo y profundo que inspiraba al Emperador reconocía causas poderosas que para todos eran un misterio, pero cuyos efectos tocaban a cada paso.

Y así sucedía, en verdad, porque, durante la enfermedad del joven, el Emperador se presentaba en un estado de desolación difícil de ocultar; y su mismo retraimiento, su forzada serenidad, su místico fervor, que en aquellos solemnes momentos parecía redoblar, delataban sus pesares internos con más fuerza que si los llevara escritos en la abatida frente.

Salía poco de su cámara, rezaba continuamente, pasaba largas horas arrodillado en el presbiterio de la iglesia, y no se comunicaba más que con su confesor, con Luis Quijada, su mayordomo, y con Pedro Barrientos.

Trasladaron al enfermo desde la procuración, donde tenía su aposento, al palacio, y allí se le rodeó de todas las comodidades posibles, instalándolo en la pieza contigua al cuarto que ocupaba el Emperador. Desde entonces, éste pudo verle a todas horas, sin más testigos que sus íntimos confidentes; y, en efecto en los momentos de peligro no se separó un instante de su cabecera, pasando buena parte del día y de la noche junto al enfermo, y demostrando la solicitud más tierna para dulcificar su situación.

Andaban los monjes como sin sombra por los claustros de su convento desde que cayó el huérfano enfermo; y concíbese bien el aluvión de comentarios que arrojarían sobre un hecho que había tomado las proporciones y el carácter de un gran acontecimiento.

Veían la desolación del Emperador; observaban la reserva de sus confidentes; contemplaban la importancia que se daba a aquel joven, y era natural que, acosados por el aguijón de la curiosidad, dieran alas a todo linaje de cálculos y de conjeturas. No se hablaba de otra cosa dentro del convento que de la enfermedad del huérfano.

Todos le querían, todos le amaban entrañablemente porque, con sus bizarras prendas y gallarda apostura se había captado todas las simpatías; pero, aparte de esto, aparte del tierno afecto que con su bondad y su gentileza y su inocencia se había conquistado entre aquella comunidad de hombres, tan propensos por su carácter a la indulgencia y a la ternura, la participación evidente que tomaba el Emperador en el desarrollo de aquel drama ponía a disposición de la crítica abundante pasto para saciar su voracidad.

Desde la llegada del huérfano al convento se había agitado en la mente de la comunidad una duda, que se formuló muchas veces de esta manera:

-¿Quién será ese joven?

Pero desde que se presentó la terrible enfermedad que había llenado de consternación al monasterio, la duda se convirtió en sospecha, y la sospecha venía a ser como una respuesta o contestación a la duda.

Sin embargo, el respeto y el temor que inspiraba el Emperador eran tales, que impedían a los monjes consagrarse a esa especie de crítica trascendental, que empieza por ser un vientecillo sutil y acaba por degenerar en huracán feroz, que todo lo avasalla.

Se discurrió, pues, sobre la duda; pero la sospecha quedó virgen, porque ningún fraile se atrevió a formularla.

Entretanto, la enfermedad del huérfano seguía haciendo progresos, y el Emperador, a través de sus grandes y severas reservas, continuaba pensando en silencio, rindiéndose más cada día a la actividad del dolor.

-¡Dios mío! ¡Oh! ¡Dios mío! --decía algunas veces a la cabecera del enfermo, levantando sus ojos al cielo--. Apartad de su cabeza, si es posible, el golpe que le amenaza y descargadle sobre la mía. ¿Por qué le arranqué yo de su retiro, donde vivía dichoso? ¿Por qué he oprimido y aherrojado su alma pura, tan rica de virtud y de inocencia? ¿Por qué he destruido sus sueños de gloria y sus infantiles ilusiones? ¡Oh Señor, tened misericordia de mí!

Algunas veces llamaba a Luis Quijada, y le decía:

-Se muere, Luis, y yo soy su verdugo. ¡Desgraciado de mí, que he sido fatal a todos los que me han amado ¡Oh! Fuerza cruel de mi destino, que no me ha permitido jamás gozar largo tiempo de las dulzuras de un tierno afecto.

Luis Quijada procuraba consolarle, pero en vano. Poseído de mortales inquietudes y de incertidumbres borrascosas, fluctuaba su alma en un mar de congojas y de zozobras, donde el soplo del dolor levantaba crueles tempestades.

Un día, en que la fiebre se presentó con caracteres tan graves que se llegó a temer seriamente por la vida del enfermo, Luis Quijada, que amaba locamente al huérfano, no pudo contener la pena ardiente que devoraba su pecho, y rompió a llorar en presencia de su amo.

-¡Qué! -le dijo el Emperador, transido de dolor-. ¿No hay esperanza de salvarle?

-Valor, señor, valor -exclamó el fiel servidor, procurando hacerse fuerte-. En trances más graves ha acreditado Vuestra Majestad el temple de su alma. Si el Señor llama al cielo a esa noble criatura, ¿podemos los hombres oponemos a que se cumpla su divina voluntad?

El Emperador cayó desplomado en su sillón, como si le hubiera herido el rayo, y se cubrió el rostro con las manos, sollozando:

-¡Desventurado niño! -decía con acento trémulo y balbuciente-. ¡Yo le he anticipado la tumba! ¿Por qué me había acostumbrado a recrearme en las gracias de su bella presencia? ¿Por qué me aficioné tanto a gozar de su dulce mirada, que era como un rayo de sol, que alegraba mi vejez caduca? ¿Por qué le amaba más al verle dotado del genio, del valor temerario, de la intrepidez y de la arrogancia indomable de su estirpe? Pero se cerrarán aquellos ojos en que yo me miraba como en el espejo de mi gloria, pronto dejarán de sonreír aquellos labios acostumbrados a bendecirme. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Quién pudiera, como Job, tener valor para pronunciar con calma y serenidad aquella santa máxima de la divina sabiduría, que dice: «Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, y como días de jornaleros sus días»!

Luis Quijada y Pedro Barrientos lloraban con él, y dividiendo sus penas entre aquellos dos leales servidores, sentíase a veces más consolado.

Sin embargo, las horas de la vida del huérfano no estaban contadas, y la guadaña de la muerte no debía segar la flor juvenil de su existencia.

La enfermedad hizo una crisis favorable, y, auxiliada la ciencia por la Naturaleza, consiguieron ambas detener el curso destructor de aquella.

Degeneró la fiebre, y el enfermo entró en un período más benigno.

Entonces el médico respondió de su vida y planteó en debida forma el sistema de curación.

RECUERDOS Y ESPERANZAS

En el rigor de la fiebre, y cuando la vida del huérfano había estado en mayor peligro, durante los accesos más violentos del delirio, le habían oído pronunciar estas palabras:

-¡Conrado! ¡Magdalena!

El médico se fijó en este accidente.

Aquellas palabras, únicas que se podían entender siempre clara y distintamente en medio del torbellino de las que salían a borbotones de la boca del enfermo, solía pronunciadas este con tal pasión, que el médico no pudo menos de consagrar a aquel detalle sus meditaciones.

Pidió antecedentes, demandó explicaciones acerca de aquellas frases, y no perdonó medio para averiguar su significado.

Barrientos, que hasta entonces había guardado silencio sobre el secreto de Juan, comprendió que era llegado el momento de quebrantar la palabra empeñada al joven y de referir sus aventuras del valle.

Lo exigía la ciencia en nombre de la Humanidad; lo exigía la curación del enfermo, y ante estas causas tan graves, Barrientos, que ni una sola vez en su vida había faltado al empeño de su palabra, prenda la más sagrada de los antiguos caballeros, se decidió a romper su promesa y a revelar todo cuanto el joven le había referido en sus últimas excursiones.

Una noche en que el Emperador y Barrientos velaban el sueño del enfermo, que desde que había cesado la calentura dormía con tranquilidad inalterable, le oyeron balbucir algunas palabras, como si le acometiera una pesadilla, y entre aquellas palabras percibieron con bastante claridad las que tanto habían dado en qué pensar al médico.

El Emperador se acercó a Barrientos y le dijo en voz baja:

-Está soñando. ¿Sabéis vos quiénes son Conrado y Magdalena?

-Sí, señor -respondió el capitán en el mismo tono.

-¡Ah! ¿Conque lo sabéis? -dijo el Emperador-. ¿Y por qué no me lo habéis dicho?

-Porque no podía hacerla sin faltar a una palabra solemnemente empeñada. Sin embargo, ya estoy decidido a faltar a ella, porque si no lo hiciera, tal vez contribuiría a aumentar la dolencia de ese pobre joven.

-¡Aumentar su dolencia! -dijo el Emperador-. No comprendo esto, capitán.

-Señor -respondió Barrientos, bajando la voz todo lo posible-, tengo precisión de hablar con Vuestra Majestad de cosas muy graves. No sé, pero creo que en manos de Vuestra Majestad ha de estar el remedio para acelerar la convalecencia de este niño y para restituirle con más eficacia la salud.

-¿Decís que en mis manos está el remedio?

-Así lo creo.

-Hablad más bajo, porque creo que el enfermo se va a despertar.

-¿Quiere Vuestra Majestad ver la influencia que ejercen sobre este mancebo los nombres de Conrado y Magdalena? ¿Me permite Vuestra Majestad hacer una prueba para que yo tranquilice mi conciencia antes de referirle ciertas cosas?

-Obrad como gustéis, Barrientos -dijo el Emperador.

El capitán se levantó y se acercó de puntillas al lecho del enfermo. En aquel instante abrió éste sus hermosos ojos rasgados, que fijó en Barrientos con cierta melancolía.

-¿Sois vos, capitán? -le dijo.

Barrientos se inclinó hacia él, y respondió:

-Sí, soy yo. ¿Necesitáis algo?

-Nada, porque me siento bien. Sin embargo, desearía beber.

El capitán le alargó una poción dispuesta por el médico, y el joven tomó la mitad de un vaso con cierta avidez.

Oculto el Emperador detrás de la cortina del lecho, podía ver y escuchar al joven sin ser notado por él.

Barrientos se aproximó al Emperador con cierto cuidado y le dijo al oído:

-No se mueva de este sitio Vuestra Majestad. Conviene que Juan no se aperciba de que Vuestra Majestad está aquí. Voy a hacer la prueba.

El Emperador asintió, haciendo un gesto afirmativo.

Entonces volvió Barrientos a la cabecera de Juan, y le dijo con gran dulzura:

-¿Cómo os sentís?

-Mejor -respondió el huérfano con voz débil.

-Así lo creo -exclamó Barrientos-, porque veo que adelanta mucho vuestra convalecencia

-La del cuerpo, sí -replicó el huérfano tristemente-; pero la del alma...

-¡Ánimo! -exclamó Barrientos, oprimiendo débilmente una de las manos del joven-. Tengo que comunicaros buenas noticias.

El rostro del enfermo, pálido antes como la azucena pareció teñirse del vivo carmín de la rosa. Brilló en sus labios la dulce contracción de una sonrisa.

-¿Ha venido Conrado? -preguntó el joven-. ¿Sabe que estoy enfermo? ¿Se interesa por mí?

-Sosegaos -dijo Barrientos-. El médico tiene prohibido que se os hable de todo lo que puede causaros fuertes sensaciones, y si os exaltáis de esa manera, no podré comunicaros ciertas cosas que deben ser de vuestro agrado.

-Hablad, señor Barrientos, hablad, por favor -dijo el mancebo con tono suplicante-. Vuestro silencio me haría más daño que la enfermedad. ¿No veis con cuánta calma os escucho ya? Todas las medicinas del doctor no tienen para curarme la eficacia de vuestras palabras ¿Es verdad que ha venido Conrado?

-Sí -dijo Barrientos, mintiendo por no contrariar al joven.

-¡Ha venido Conrado! ¡Ha venido Conrado! -exclamó Juan con el entusiasmo de la más inocente alegría.

Y, volviéndose hacia Barrientos, añadió con voz imperiosa:

-¿Por qué no le he visto? ¿Por qué no me han dicho que ha estado aquí?

-Sosegaos -dijo Barrientos, procurando calmarle-. Si no moderáis vuestro genio, me veré en la precisión de sellar mis labios.

-Hablad, capitán -dijo el joven, pasando rápidamente del período violento de la exaltación al estado más completo de calma-. ¿No conocéis que recibo mucho bien?

-Hablaré contestó Barrientos, volviendo a tomar entre las suyas una de las manos del joven-; pero habéis de prometerme tener juicio y oír con calma lo que tengo que deciros.

-Lo prometo.

-Pues bien, siendo así, hablaré. No se os ha dicho que ha estado aquí Conrado por temor de exaltar vuestra imaginación y de que esto produjera una recaída en vuestra enfermedad. Por lo mismo no se ha permitido a Conrado que os vea.

-Pero ya estoy fuera de peligro exclamó Juan-; ya estoy bueno completamente, y dentro de unos días podré abandonar el lecho; ¿me permitirán que vea a Conrado, capitán?

-Eso no depende de nosotros, sino del médico.

-¡Hombre maldito! ¿Sería capaz de oponerse a ello?

-Por ahora, sí.

-¡Ira de Dios! -exclamó el huérfano, haciendo crujir sus dientes de furor-. ¿Conque no le ha bastado haberme extraído del cuerpo casi toda mi sangre, que quiere todavía condenarme al tormento de no ver a Conrado? Pero esto es una iniquidad, una tiranía, y me quejaré de ello al Emperador. Ya veréis cómo no se sale con la suya ese médico homicida.

-¡Pobre hombre! -dijo Barrientos-. Todo lo que hace es inspirándose en vuestro bien. Es preciso obrar con prudencia en enfermedades tan graves como la que habéis pasado. Después que os curéis de ella, ¿no tendréis tiempo suficiente para ver a Conrado?

-Pero ¿qué mal halláis en que lo vea desde luego?

-Yo no lo sé; pero cuando el doctor lo prohíbe, sus razones tendrá. Por de pronto, lo que os encargo es que no habléis de ésto ni al doctor ni a nadie. La tardanza en ver a Conrado no puede durar arriba de dos o tres días. ¿Por qué no habéis de tener valor para soportar su ausencia este breve plazo?

-¡Dos o tres días! Mucho tiempo es, capitán; pero, al fin, tendré ese valor.

-Así me gusta -dijo Barrientos-, y pensad en que cuanto más juicio tengáis y adelante más vuestra convalecencia, más pronto veréis a Conrado.

-Decidme- exclamó el joven, sin poder reprimir su alegría, -¿podrá venir todos los días Conrado al monasterio?-.

-Sin duda alguna.

-¡Oh! ¡Qué placer! ¿Y se lo permitirá su abuelo?

-¿Por qué no?

-Ya os conté lo que me había pasado. Como el abuelo mostraba tanta repugnancia a que me acompañaran al castillo las gentes del monasterio, creía yo que era porque las guardaba rencor, y no acierto a explicarme como ha dejado venir a Conrado.

-Es que el abuelo no sabe que ha venido dijo el capitán, procurando disimular su embarazo.

-¿Que no lo sabe?

-No; Conrado ha venido al monasterio furtivamente, es decir, de la misma manera que ibais vos al castillo.

El joven se quedó pensativo un instante.

-¿Sabe Magdalena que estoy enfermo? -preguntó después.

-Sí.

-¡Lo sabe! ¿Y qué os ha dicho Conrado de Magdalena?

-Magdalena -exclamó Barrientos, muy turbado- reza todos los días por vos en la capilla a la Virgen del Amparo...

-¿Os lo ha dicho Conrado?

-Sí.

-¡Es una santa! -exclamó el joven elevando sus ojos al cielo-. Yo pediré también por ella a Dios para que sea tan feliz como deseo. Guardó un breve momento de silencio, y dijo luego:

-En cuanto vea a Conrado, estoy seguro de que me pondré bueno.

Vendrá todos los días; pasearemos juntos en la hermosa huerta del monasterio.

Volveremos a reanudar las antiguas confianzas sobre nuestros proyectos, sobre nuestros sueños de gloria y sobre nuestras esperanzas en el porvenir. Después que yo me haya restablecido, iré con el al valle, veré a Magdalena y besaré las manos al viejo patriarca: ¿no es verdad, capitán, que podré hacer todo esto?

-Ya lo creo.

-¿Creéis que se oponga a ello el Emperador?

-No, por cierto.

-Me estáis dando la vida -dijo el huérfano, estrechando las manos del capitán-. ¡Y yo que os miraba con recelo! ¡Yo que creía que vuestra venida a este monasterio había sido causa de todos mis males! ¿Perdonaréis, señor Barrientos, que haya pensado mal de vos?

-Calmaos, nada tengo que perdonaros.

-Sí, sí, porque os confieso que os he guardado algo de rencor. Perdonadme, señor Barrientos, y permitidme que os bese las manos.

Y sin que el capitán lo pudiera estorbar, el joven se las besó, bañándolas, además, con lágrimas de reconocimiento.

-Basta ya -dijo el capitán, sin poder dominar su turbación-; ahora os conviene el reposo. Sed dócil y obediente, que yo me encargaré de apresurar vuestra entrevista con Conrado.

-Gracias, gracias.

-Dormid tranquilo; es ya una hora alta de la noche, y el sueño os hará bien.

-Dormiré, señor Barrientos, y estad seguro de que pasaré una de las noches más felices de mi vida.

-Eso deseo. Hasta mañana.

-Dios os bendiga, capitán.

Barrientos se separó del lecho, y corrió las cortinillas.

Algunos momentos después dormía el joven tranquilamente, con el sueño de un niño reclinado sobre el regazo de su madre.

Cuando Barrientos se despidió de él, hizo una seña al Emperador y ambos salieron de la estancia en puntillas.

Así que se hallaron solos en la habitación del segundo, dijo Barrientos:

-Todo lo que ha pasado merece una explicación, y voy a dársela a Vuestra Majestad.

-Es inútil -contestó el Emperador con voz sorda, cayendo desplomado sobre su sillón-. Todo lo he comprendido.

Y al decir ésto, dobló la frente, como si tuviera sobre ella el peso de una nube de plomo.

Barrientos observó entonces que su semblante se había cubierto de una palidez cadavérica y que su expresión era de una tristeza desgarradora.

-La promesa que he hecho a Juan, señor -dijo el capitán-, puede acelerar su curación, y es fácil de cumplir.

-¡Fácil!- exclamó el Emperador con amargura. -¡Ojalá fuera así!-

-¿Quién puede impedir que se cumpla?

-La fatalidad- exclamó el Emperador con voz ronca.

Barrientos insistió aún.

-Señor -dijo-, deme Vuestra Majestad permiso para ir a buscar a Conrado, y yo le traeré al monasterio.

-¿No es Conrado bisnieto de Ruy Gómez de Varela? -preguntó el Emperador.

-¿No es Magdalena hermana de Conrado?

-Su hermana es.

¿Y no es Ruy Gómez de Varela el dueño de ese castillo que en la comarca se llama el Castillo del Diablo?

-Precisamente.

-Pues entonces, Barrientos, desiste de tu empeño de cumplir la promesa que has hecho a Juan.

-Traer a Conrado es traer al enfermo la salud. Con mi promesa no sólo se ha reanimado, sino que casi ha recobrado la vida.

-Con tu promesa le has apresurado la muerte, porque Conrado no puede venir al monasterio.

-Pues ¿quién lo impide -gritó el capitán, exasperado ante tantos obstáculos.

Y el Emperador volvió a repetir con voz sombría:

-¡La fatalidad!

Barrientos se quedó aterrado.

EL ODIO

Reinó en la cámara silencio sepulcral.

El Emperador parecía abismado en profundas reflexiones, y Barrientos, por su parte, se sentía también anonadado.

En todo lo que estaba sucediendo entreveía misterios insondables, cuya importancia no podía desconocer.

Las revelaciones de Juan y la desconfianza mostrada por el Emperador a que el nieto de Ruy Gómez viniera al monasterio, hacían presumir a Barrientos que todo esto debía estar enlazado con un drama terrible, cuyos detalles no conocía ni podía adivinar.

¿Por qué se había negado Ruy Gómez de Varela a tener contacto alguno con las gentes del monasterio?

¿Por qué desconfiaba el Emperador de que Conrado se prestase a consagrar al joven enfermo los consuelos de la amistad?

El problema estaba oculto entre estas dos interrogaciones.

Ardía Barrientos en deseos de abordar esta cuestión, que era objeto de todas sus dudas; pero el respeto que le inspiraba el Emperador le obligaba a guardar reserva y prudencia.

Por fin, después de aquel silencio penoso, mantenido por los interlocutores durante algún tiempo, el Emperador levantó la frente, y dijo al capitán:

-Una cosa ignoro, Barrientos, y me interesa saberla.

-¿Cuál es, señor?

-Quisiera- dijo el Emperador, -que me dijerais qué clase de relaciones son las que mantiene Juan con los huéspedes del valle.

El capitán le refirió entonces lo que Juan le había contado.

-Yo no debía haber descubierto su secreto -añadió Barrientos, después que hubo enterado al Emperador de todo-, porque le confió a mi honor y le empeñé mi palabra de no revelárselo a nadie; pero estamos viéndole morir, y sería una perversidad ocultar a Vuestra Majestad esto, impidiendo con mi silencio que adoptemos una resolución para tranquilizar su alma y procurarla una expansión que debe agradecer.

El Emperador elevó al Cielo una mirada impregnada de amargura y desesperación.

-El hombre es igual siempre -dijo-. Un solo precepto impuso Dios a Adán en el Paraíso, y le quebrantó, y el linaje humano fue desgraciado. Un sólo

precepto impuse a Juan cuando vino a este monasterio y le quebrantó, y también lo seré por ello. ¡Mísera condición humana!

Se dirigió a Barrientos después, y añadió:

-¿No sabéis, capitán, por qué Ruy Gómez de Varela ha prohibido a Juan que vaya al castillo acompañado de gentes de este monasterio?

-Lo ignoro, señor, y ya se lo hubiera preguntado a Vuestra Majestad si no me hubiera contenido el respeto.

-Pues vas a saberlo.

El Emperador hizo una pequeña pausa, y dijo:

-La causa de la prohibición de ese anciano es el odio.

-¡El odio! -exclamó Barrientos, poseído de estupor-. ¿Ya quién puede odiar ese pobre viejo, que está ya al borde de la tumba?

-A mí -dijo el Emperador con sencilla franqueza.

-¡A vuestra Majestad! Pues ¿qué razón puede tener para abrigar contra Vuestra Majestad unos sentimientos tan atroces?

-Es toda una historia -respondió el Emperador con voz sombría-, y una historia que destila sangre.

-¡Oh, señor! Pero aunque Vuestra Majestad le hubiera ofendido, ¿no ha podido olvidar ese hombre su agravio cuando la nieve del tiempo blanquea sus cabellos?

-No, Barrientos; no ha olvidado nada. Después de mi venida a este monasterio le he suplicado que me escuche y atienda mis descargos para perdonarme; pero su alma es de roble y no me ha querido oír.

-¡Infamia como ella!

-Yo lo disculpo. Aunque involuntariamente, he sido causa de sus desgracias, y no puedo perdonarme el haber sido parte de que ese viejo haya derramado por mí todas las lágrimas de su vida.

-Pero el criminal es él-exclamó Barrientos impetuosamente-; y si el Rey nuestro señor supiera el odio de ese hombre y la villana conducta que ha observado con Vuestra Majestad, estoy seguro de que le mandaría descuartizar.

-¡Nunca! -dijo el Emperador. Por lo mismo que es mi enemigo, es sagrado para mí. Yo le defiendo, yo le protejo, y si el Rey, mi hijo, tratara de castigarle por las ofensas mías, yo me arrojaría a sus pies para obtener su perdón.

-Pero ese odio implacable -exclamó Barrientos-, esa enemistad, esos sentimientos tan ruines que abriga contra Vuestra Majestad, ¿no merecen ser castigados con las penas más terribles?

-Escuchadme, Barrientos -dijo el Emperador-, y estoy seguro que disculparéis el odio de ese anciano cuando sepáis la causa que le engendra.

-Nada puede disculpar una pasión tan cruel.

-No, el odio en él, Barrientos, no es una pasión. El odio en él es un dolor que nunca se extingue.

-¿Un dolor?

-Ese infeliz anciano vio morir a su único hijo, al heredero de los blasones, que son muchos y bien adquiridos, en el cadalso.

-Ya lo sé. Pero aquella sentencia de muerte ¿no fue pronunciada a consecuencia de los disturbios de las Comunidades? ¿No fue el sentenciado rebelde a su Rey? ¿No se levantó en armas contra él y se erigió como otros tantos, en caudillo de la sedición?

-Es verdad, y la sentencia, además de justa, fue pronunciada en debida forma. Pero ese anciano, que hoy tiene noventa años, será hoy, quizá, el único español que queda de los que acompañaron a mi abuela Isabel I en la conquista de Granada. Ese anciano fue el que salvó a aquella gran Reina de las llamas cuando se incendió su tienda en Santafé; ese anciano, teniendo no más que cuatro lustros, fue el primer soldado que, a las órdenes del marqués de Cádiz, enarboló el santo lábaro de la Cruz en las torres de Alhama y de Granada, e invocando estos nobles títulos, parece ser que apeló a mi clemencia, viendo que su único hijo estaba condenado a morir degollado en un cadalso.

-¿Y le atendió Vuestra Majestad?

-La fatalidad impidió que así lo hiciera. Cuando llegó la instancia de Ruy Gómez de Varela a mi Corte, implorando el perdón de su desgraciado hijo, había yo partido a Alemania, donde reclamaban mi presencia los asuntos del Imperio, y, faltando de España el que podía otorgar el perdón, se ejecutó la sentencia.

-¿Y hubiera perdonado Vuestra Majestad al hijo de Ruy Gómez si hubiera recibido la súplica de su padre?

-Sí, capitán. Le hubiera perdonado por los méritos del padre, no por los suyos, que éstos demasiado funestos fueron para la patria.

-Pues si la intención de Vuestra majestad fue ésa, y no ejercitó su clemencia porque le estorbaron causas ajenas a su voluntad, ¿de qué se queja entonces el anciano Ruy Gómez? ¿Por qué mantiene ese funesto rencor?

-Perdió su único hijo, capitán; vio morir en un cadalso al ser más idolatrado de su corazón, y esa catástrofe es de aquellas que no se borran jamás de la memoria de un padre.

-Sin embargo, después de tantos años, la razón ha debido sobreponerse a la mezquina pasión de odio.

¿Hemos de tener los hombres el pecho más duro que las fieras?

-Nada ha hecho Ruy Gómez contra mí después de la muerte de su hijo para que yo crea que rinde culto a la espantosa ley de la venganza. Cuando regresé de Alemania recibí en Valladolid un mensaje suyo a la antigua usanza. En él

me decía que había servido a Dios, a su Patria y a sus Reyes siempre con honor; que el agareno había derramado cien veces su sangre lidiando en defensa de aquellos caros objetos; que Dios le había dado un hijo, que se había extraviado por su propia voluntad, haciéndose reo de muerte; que, como padre, e invocando el recuerdo de haber servido en las banderas de la primera Isabel, aliado de Ponce de León y de Gonzalo de Córdoba, había impetrado del Rey el perdón del delincuente, y que no lo había podido conseguir. Y concluía diciendo que, sin que se considerase acto de rebeldía ni menosprecio a la sagrada e inviolable persona del Monarca, sino consecuencia natural de su dolor de padre, invocaba los fueros de los antiguos ricos-homes, consignados en las leyes de Castilla, y se desnaturaba de estos reinos, conservando sus tierras y señoríos.

-¿Eso hizo? dijo Barrientos.

-Sí; y aunque el Consejo de Castilla declaró que estando derogadas las antiguas leyes, tan atrevida proposición hacia a Ruy Gómez reo de desacato y lesa majestad, y como talle juzgaba incurso en las penas más severas, yo, atento sólo a que por Ruy Gómez hablaba el dolor de un padre, mandé sobreseer aquel negocio, y dispuse que por nada ni por nadie fuese perturbado mientras no se levantase en armas contra estos reinos o cometiese delitos de traición.

-Y ante ese rasgo de generosidad, ¿no ha cedido el rencor del orgulloso magnate?

-Hubiera cedido; pero la fatalidad, que parece haberse interpuesto entre ese anciano y yo para separarnos eternamente, lo impidió, renovando sus crueles heridas, abriéndole otras en el pecho, que, por lo visto, no se pueden cicatrizar.

-Pues ¿qué pasó después?

-El hijo de Ruy Gómez, degollado en el cadalso había dejado en el mundo un tierno niño, que se criaba al lado del abuelo. Cuando este niño fue hombre, parece ser que, enterado del trágico fin de su padre, y achacándome a mí la culpa de aquella sangrienta catástrofe, juró vengarse, y sin oír los consejos de la sabiduría y de la prudencia del anciano, sin escuchar los ruegos de una esposa amante y sin atender a las caricias de dos tiernos hijos habidos en su matrimonio, que deben ser Conrado y Magdalena, sabiendo que los herejes me hacían guerra, voló a Alemania, y se unió con los herejes para buscar los caminos de su venganza. Derrotado por mí el duque de Sajonia, a cuyas fuerzas se había agregado, cayó prisionero el nieto de Ruy Gómez, y le llevaron a Bruselas, sin que yo tuviera de ello conocimiento. Juzgáronle en Bruselas, y, convicto, por ciertas revelaciones que había hecho a algunos que le delataron de que había ido a Alemania con el objeto de asesinarme, fue condenado a

muerte y ejecutado con otros en aquella ciudad, sin que hubiera podido yo intervenir en su contra ni en su favor.

-¡Qué horribles complicaciones! -dijo Barrientos.

-¿Comprendéis ahora- exclamó el Emperador -por qué Ruy Gómez exigió a Juan palabra de que no fuera nunca al valle acompañado de gentes del monasterio? En el monasterio habito yo, y ese desgraciado padre no quiere otorgarme su perdón.

-¿No ha venido al monasterio desde que se ha instalado en él Vuestra Majestad?

-No -dijo el Emperador con amargura-. Tres veces he mandado a Luis Quijada a rogarle que me conceda una entrevista; que me permita visitarle; que le haría ver clara como la luz del sol mi inocencia en la catástrofe de su casa; que lloraría con él la muerte de sus hijos y que si era preciso, me arrojaría a sus pies para que me concediera su perdón. De las tres veces que ha ido Luis Quijada, dos no ha querido recibirle, y la tercera salió a la muralla, y desde las almenas le dijo: «Decid a vuestro amo que es inútil que se canse mandándome emisarios; que estoy desnaturado de estos reinos- que me deje llorar en paz la muerte de mis hijos; que a nadie ofenden el luto de mi corazón y las lágrimas de mis ojos; que cuando se alza el cadalso, la familia del reo aparta la vista del verdugo; que no soy traidor ni rebelde, y que le pido me deje morir en la gracia del Señor».

-¿Eso dijo?

-Eso; y abandonó la muralla sin querer oír a Quijada.

-¡Hombre inexorable! Pero ¿no habrá fuerzas humanas que ablanden ese corazón empedernido?

El Emperador movió la cabeza.

Creo que no -dijo-; y ya veis, capitán: si no quiso oír a Luis Quijada, ¿cómo había de consentir que el joven Conrado viniera al monasterio a ver a Juan?

El capitán bajó la cabeza y se quedó pensativo.

Después de una breve pausa, exclamó:

-¡Quién sabe, señor! Lo que Luis Quijada no pudo conseguir en nombre de Vuestra Majestad, quizá lo conseguiría yo en nombre del huérfano.

-¿Por qué?

-¿Se olvida Vuestra Majestad de que Juan ha salvado la vida a Conrado?

-Ya me lo habéis referido.

-¿Se olvida Vuestra Majestad del noble juramento que hicieron Juan y Conrado el mismo día en que se conocieron?

-No.

-¿Qué extraño sería que, pudiendo yo interesar el corazón de Cornado con la noticia de la enfermedad de Juan, lograra vencer la dureza de su abuelo y conseguir que le diera permiso para venir al monasterio?

-¡Oh! ¡Si eso fuera posible!

-¿Me permite Vuestra Majestad intentado?

-Sí, Barrientos, y ojalá guíe vuestros pasos el Cielo y podáis devolverme la tranquilidad del espíritu, abriendo entre esa noble familia y yo el camino de la reconciliación.

-Confíe Vuestra Majestad en Dios, Padre de todos los buenos- dijo el soldado, lleno de generosas esperanzas-. En cuanto a mí, no omitiré medio por servir a Vuestra Majestad como cumple a un hombre de bien y si yo pudiera dar la dicha a Vuestra Majestad con mi sangre, pronto la derramaría toda, sin reservar una gota.

--Gracias, capitán ---dijo el Emperador, estrechándole la mano--; habéis llenado mi pecho de confianza. Dios os bendiga. ¿Cuándo partiréis a desempeñar esa ardua misión?

-Cuanto antes, mejor. No parto ahora mismo porque es de noche; pero al rayar el alba partiré para el valle.

-¡Oh, Barrientos! ¡Cuántos bienes he de deberos si alcanzáis el éxito apetecido! Por lo mismo que ese anciano se muestra conmigo tan duro e inflexible, tengo más interés en ablandar su corazón y en gozar del dulce privilegio de su amistad.

-Espero que así suceda.

-¡Partid, partid, alma generosa, y que el Cielo os recompense! Mientras estéis en el valle, permaneceré arrodillado en el santuario, pidiendo al Señor que corone vuestra empresa.

Y, concluido esto, el Emperador volvió a estrechar las manos de Barrientos con efusión.

Después, y estando ya la noche bastante avanzada, se separaron para entregarse algunos momentos al descanso.

LA PARTIDA

Barrientos, fiel a su palabra, se levantó un poco después de la hora del alba. Bajó a las caballerizas, ensilló su caballo por su propia mano, y se dirigió hacia el palacio a saber nuevas del enfermo. En el vestíbulo encontró a Luis Quijada, el cual, viéndole tan temprano y armado de espada, daga y espuela, le dijo:

Mucho ha madrugado hoy el capitán. ¿Adónde se va tan de mañana?

-Voy a dar un paseo a caballo-respondió Barrientos jovialmente-; tengo las piernas cansadas de tanto descanso, y voy a propinarlas dos horas de baile sobre los ijares de mi alazán.

-¿Cómo ha pasado la noche el enfermo?-.

-De una manera maravillosa-dijo el mayordomo de buen talante-; figuraos que se la ha pasado de un sueño.

-¡Ya me lo figuraba yo!-exclamó Barrientos, maliciosamente-. ¿Conque se la pasó de un tirón?

Quijada hizo un gesto afirmativo.

-Estoy asombrado -añadió- porque ya sabéis, capitán, que esto no había sucedido hacía tiempo.

-Es verdad; pero lo que es anoche, ya sabía yo que tenía que suceder.

-¿Sí?

-¡Vaya! -dijo Barrientos, sonriendo de una manera picaresca-. Y dentro de poco, si Dios me ayuda, le habéis de ver sano y orondo, como una de esas hermosas guindas del jardín que empiezan a colorear.

-¡Hola! ¿Entendéis algo de Medicina, capitán?

-Mucho -contestó Barrientos, guiñando los ojos de un modo particular, que hizo sonreír al mayordomo--, en Flandes pasaba por ser un bravo curandero. Y, en efecto, os juro por los mismísimos cuernos del demonio, que francés o tudesco que yo curaba no tenía necesidad jamás de médico ni de boticarios, porque cuidaba siempre de meterle bien tres cuartas de hierro en el gaznate.

Luis Quijada se rio de la ocurrencia y del desenfado del capitán. Después dijo:

-¿Queréis ver a Juan antes de salir? ¡Ya está despierto!

-Con mucho gusto -contestó Barrientos.

Y, dando al mayordomo un apretón de manos, se dirigió a la alcoba del enfermo.

Así que Juan le vio, le saludó con una sonrisa, y le dijo con tono jovial:

-Estoy bien, capitán. He pasado una noche deliciosa. Creo que hoy me podré levantar.

-No hagáis locuras-respondió Barrientos j no seáis inobediente. ¿Os acordáis del convenio que hicimos anoche?

-Sí.

-Pues bien: si no sois dócil, si no sois juicioso, ya sabéis cuál será vuestro castigo. No veréis a Conrado.

-No me digáis eso, capitán -dijo el huérfano-. Yo seré dócil; haré todo lo que me manden; pero ¿verdad que me traeréis a Conrado?

-Ya lo creo.

-Pues disponed, mandad, decid que es lo que debo hacer. ¿Queréis que no me levante en un mes de la cama?

-Yo no quiero que hagáis más que lo que mande el médico. Él ha dicho que sería peligroso que dejaseis el lecho en unos cuantos días, y ya veis que si le desobedecierais y hubiera una recaída...

-No la habrá, no la habrá. ¡Si me siento ya completamente bueno! Vos me habéis prometido ver a Conrado, ¿no es verdad?

-Sí.

-Pues ya estoy sano.

Barrientos se estremeció.

Había prometido demasiado. Las revelaciones del Emperador le habían presentado obstáculos rudos que vencer para cumplir su promesa. Si no podía cumplirla, si no podía traer a Conrado al monasterio, ¿no habría causado al enfermo un daño terrible? Estas reflexiones brotaron súbitamente del cerebro del capitán, engendrando en su pecho cierta inquietud, cierto malestar, que le hacían daño.

Pero Barrientos tenía a su alcance un recurso supremo para adquirir valor en los momentos más difíciles y peligrosos.

Este recurso era su fe en Dios.

Cuanto se le hacía imposible conseguir de los hombres una cosa o realizar una empresa superior a sus fuerzas, recurría a Dios y elevaba hacia Él su mente. Después se tranquilizaba.

Su argumento favorito en los trances más fuertes era éste: «Al que tiene razón, Dios le ayuda. El que no piense así, que se fastidie.»

Y casi siempre se salía con la suya.

-Adiós-le dijo al huérfano, procurando ocultarle su turbación y su incertidumbre-. Tengo que salir del monasterio.

-¿Adónde vais?-le preguntó Juan, sonriendo.

-Al valle.

-¿Vais a ver a Conrado?

-Sí.

-¿Le vais a ver?

-Con la ayuda de Dios.

-¿Y le podré yo ver mañana o pasado?

-Si Dios quiere, puede muy bien suceder.

-Me dais la vida.

-Ea, ya ha salido el sol y yo tengo prisa, que seáis juicioso, y hasta la vuelta.

-Esperad.

-¿Qué queréis?

-Que deis a Conrado un abrazo de mi parte.

El capitán se lo prometió, y salió de la estancia.

Cuando atravesaba el corredor, se destacó una sombra, que corrió a su encuentro. Era el Emperador.

-¿Partís ya, capitán? -le dijo en voz baja.

-En este momento, señor; pero antes he querido ver a nuestro enfermo.

-¿Y cómo está?

-Ha pasado la noche en un sueño, y está casi curado.

-¿No os engañaréis, Barrientos?

-Creo que no, porque me engaña rara vez el corazón.

-¡Óigaos el Cielo!

-Así lo espero; y si traigo a Conrado, pronto le verá Vuestra Majestad saltar de su lecho y triscar por esos jardines. Adiós, señor, y tenga Vuestra Majestad confianza en el que todo lo puede.

El Emperador le oprimió la mano en silencio, y le dijo:

-Partid, capitán, y la misericordia divina nos ayude. Vais al valle, y tal vez allí os espera un amargo desengaño. Tened valor. Yo rezaré por vos.

Barrientos le besó las manos y salió. Bajó a la cuadra, montó en su caballo y le lanzó como una flecha por el camino del valle. Al pasar por frente del vestíbulo, alzó la cabeza, vio al Emperador apoyado en la balaustrada y con la mirada fija en él. Barrientos se quitó el sombrero y le saludó. El Emperador le contestó con la mano, sin soltar el libro de devociones que tenía en ella.

- Ayudadme, Señor -dijo Barrientos, elevando sus ojos al cielo y elevando los acicates a su corcel.

-¡Protegedle, Dios mío! -murmuró el Emperador sin poder reprimir una lágrima de gratitud.

Después, Barrientos desapareció de la vista del Monarca penitente, y éste se dirigió con lento paso hacia la iglesia.